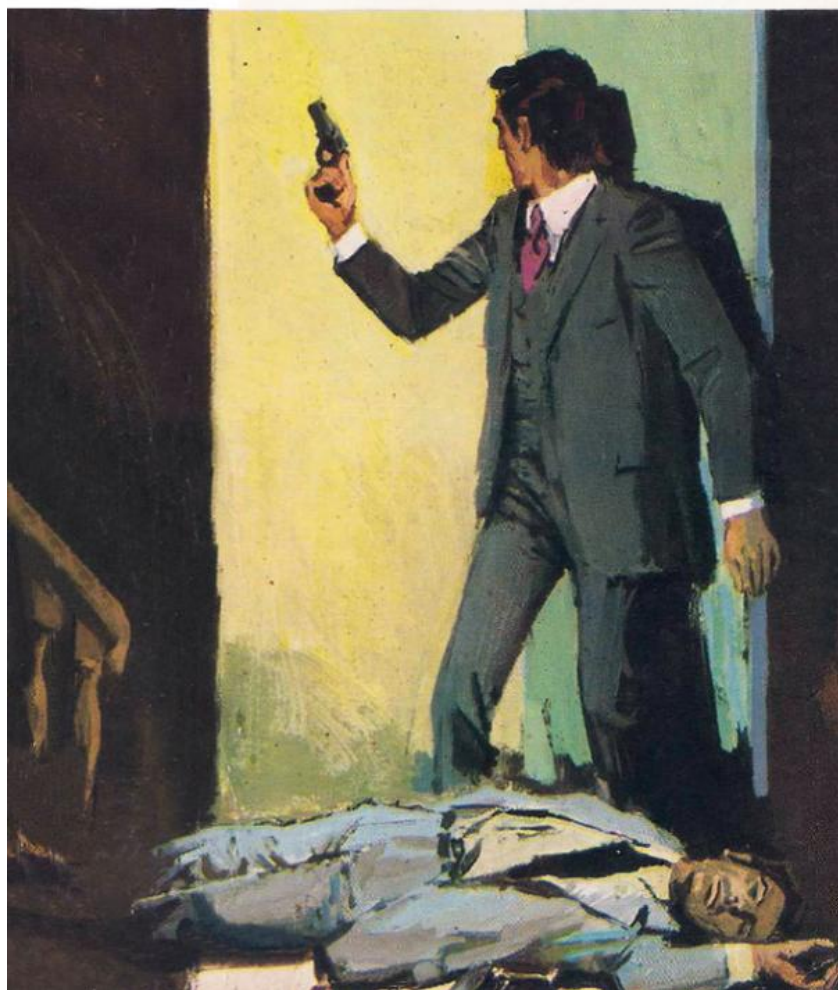




en pugna con la ley

vic logan



**BOLSILIBROS
BRUGUERA**

**SORTEO DEL
MILLON**

Vea en las últimas páginas
las instrucciones y bases para
participar en el sorteo de UN
PISO Y UN COCHE o, si lo pre-
fiere,

UN MILLON DE PESETAS

**YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE**

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos
lectores que poseen nervios de
acero y no temen traspasar las fron-
teras de lo irreal y adentrarse en
un mundo desconocido, aterrador
como una pesadilla, apasionan-
te como la más increíble de las
aventuras.

VIC LOGAN

EN PUGNA CON LA LEY

Colección **SERVICIO SECRETO** n.º 1.200
Publicación semanal
Aparece los **MIERCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B. 24.146 - 1973

ISBN 84-02-02513-7

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: agosto, 1973

© VIC LOGAN - 1973
texto

© DESILO - 1973
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DE LA MISMA AUTORA
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

1.195—Diez dólares de papel.

En Colección **PUNTO ROJO:**

579—Los muertos no dejan huellas.

En Colección **ASES DEL OESTE:**

652—El último en reír.

En Colección **SALVAJE TEXAS:**

888—Tierra de colosos.

En Colección **KANSAS:**

761—Todos contra un hombre solo.

En Colección **BRAVO OESTE:**

584—Parejas de damas para el vaquero.

En Colección **CALIFORNIA:**

864—Senderos de venganza.

En Colección **COLORADO:**

766—Los salvajes de río Grande.

CAPÍTULO PRIMERO

Mientras el paisaje discurría confuso a ocho mil metros de altura, Hal Cremona miraba distraídamente a través de la ventanilla del reactor que le conducía a la India.

Era el suyo un viaje extraño, impensado. Pero había tenido dos buenas razones para emprenderlo. La primera era el dinero. La segunda razón, el deseo de huir lejos de todos, de todo, quizá de sí mismo.

Envejecido prematuramente a sus, treinta años, Hal encarnaba perfectamente el hombre desprovisto de ilusiones.

Hubiera podido ser un hombre elegante a pesar de vestir con discreción, pero su atuendo parecía tenerle sin cuidado. Sin embargo, no podía ocultar su vitalidad, su espíritu, la llamita que aún quedaba en su interior, que le empujaba a vivir.

Pensaba en muchas cosas mientras llegaba a sus oídos muy amortiguado el ruido de los reactores.

Pensaba en el teniente Stanton, joven como él, muy competente como policía de la brigada de homicidios, amigo suyo en otro tiempo... Ahora no, ahora Hal se sentía sin amigos.

—Tienes que buscarte un modo sensato de ganarte la vida. Si no, acabarás metido en un lío gordo, Hal —resonaban en su mente las palabras de Stanton.

—Cada cual vive a su modo, Rick —fue la respuesta de Hal.

—Hal, tú no tienes licencia de detective o de investigador, no juegues a ser guardaespaldas, insisto. Es por tu bien.

—Guárdate tus malditos consejos. No los he pedido.

—Te estoy hablando de forma oficial, Hal. Únicamente trato de encontrar las palabras que suenan menos hirientes a tu maldito orgullo.

—¿Por qué diablos os metéis conmigo? Es a la mafia a quién debéis perseguir.

¿O es que no sois tan poderosos? ¡Pues confesadlo! Decidlo

claramente, publicadlo. ¡La mafia puede más que nosotros! ¡Somos incapaces de vencerla!

—No dices más que tonterías.

—Digo la verdad. Yo tenía una buena profesión. Al menos se considera digna, y perfectamente legal.

—No fue la mafia quien te desposeyó de tu título de boxeador, Hal. Y lamento recordártelo.

Hal Cremona había clavado sus ojos penetrantes como puñales en el rostro del policía.

—No... No fue la mafia —había repetido él con los dientes prietos.

Saltando en sus recuerdos, pensó también en aquella llamada telefónica que recibió en su apartamento de Nueva York.

—Si está dispuesto a hacer un largo viaje, recibirá un billete de avión y mil dólares de anticipo.

—¡Oiga! ¿Quién habla?

La primera vez colgaron. La llamada se repitió al cabo de media hora.

—¿Lo ha pensado, Cremona?

—Los tratos me gustan de palabra —fue la respuesta, y colgó él. Sabía que volverían a llamar y no se equivocó.

—Recibirá un sobre por correo con la reserva del billete. En el aeropuerto le esperará alguien con el dinero —le comunicaron a la tercera vez.

Pensó que con probarlo no perdería nada. Mil dólares, después de todo, y según el trabajo, no era una cantidad nada despreciable.

Acudió al aeropuerto y allí, mientras tomaba un *whisky* en el bar, un individuo se acercó a su lado y le pasó una nota disimuladamente.

«Su destino final es Agrá. La cita en el Taj Mahal. Devuélvame la nota».

Devolvió la nota y preguntó en voz baja, sin mirar a su interlocutor:

—Acepto el viaje, de momento.

El otro extrajo un sobre del bolsillo que dejó caer al suelo, mientras decía:

—Creo que se le ha caído esto.

Y Hal recordó también cómo aquel tipo se alejó rápidamente,

mientras él recogía el abultado sobre, en cuyo interior se alojaba el fajo de billetes que totalizaba la suma prometida.

Así de sencillos habían sido los preámbulos de aquel viaje que estaba realizando.

CAPÍTULO II

Agrá, la bella ciudad de la India septentrional, a orillas del Ganges y con cerca de medio millón de habitantes, desfilaba ante los curiosos ojos de Hal Cremona, mientras el chófer del taxi, tomando a su pasajero por uno de tantos turistas, recorría la ruta acostumbrada: El Jahangun Mahal, La Mezquita de las Perlas, y demás monumentos, hasta llegar a aquella fabulosa construcción del siglo XVII, que todo el mundo, al menos en fotografía, ha visto. El Taj Mahal.

Hal se mezcló con los grupos de turistas acompañados del correspondiente guía.

En los jardines vio aproximarse a un par de hombres. Vestían como cualquier visitante, pero Hal presintió que no habían ido allí precisamente a admirar las bellezas arquitectónicas del monumento.

Encendió un cigarrillo y aguardó a que le abordaran.

—¿Cremona? —preguntó uno sin apenas mirarle.

—Yo soy.

—Vaya a la puerta y aguarde al grupo que está saliendo. ¿Conoce al señor Salerno?

—¿H. C. Salerno?

—Sí.

—He visto su fotografía algunas veces en los periódicos.

Los otros se alejaron. Ya no tenían nada más que decir, mientras que Hal se preguntaba:

«¿Salerno? ¿El gran Salerno?»

Y evitó lanzar un silbido. ¿Qué podía querer aquel hombre de él?

Poco después, siguiendo las instrucciones recibidas, esperó a su personaje, y allí mismo, entre los turistas y las voces de los guías que recitaban su lección en distintos idiomas, según la procedencia de los turistas, supo cuál era su misión.

Salerno, un hombre de apariencia imponente, alto, grueso, elegante y enojado, no podía ocultar su piel basta, sus principios

vulgares que saltaban a la vista por su forma áspera de hablar.

No levantó mucho la voz, nadie podía darse cuenta de que no prestaba la menor atención a lo que mostraba y decía la joven guía.

Habló durante un par de minutos. Sus palabras fueron concisas. Hal sabía ya lo que se pretendía de él.

—Señor Salerno —repuso Hal tras haber escuchado atentamente—, usted es un hombre influyente... ¿No cree que para ese trabajo sería mejor llamar a la policía?

—¿No le gusta ganar dinero, señor Cremona? —opuso Salerno.

—Ya tengo bastantes dificultades en América.

—Lo sé.

—Lo imaginaba.

—Su trabajo no será en América.

—Sí, ya lo he oído. Italia.

—Entonces...

—Me gusta el dinero, señor Salerno. Mucho. Pero si la vida de su hijo está en

peligro como acaba de decirme y tiene pruebas concretas. Si ocurre algo... quien va a meterse en un buen lío seré yo.

—Cremona, yo no quiero tratos con la policía. Hacen demasiadas preguntas.

Usted debe saberlo, ¿no?

—Está bien. Si no me elige a mí, elegirá a otro. De acuerdo. Acepto.

—En el hotel recibirá la mitad del dinero. Un mes de anticipo. Si mi hijo prolonga su estancia en ese lugar que le he indicado, su contrato seguirá en vigor. Las condiciones ya las conoce. Mil dólares semanales y gastos pagados. Los mil que le han entregado puede guardárselos.

—Oiga, siento curiosidad... ¿Para pedirme esto me ha mandado llamar desde Nueva York?

—Espero que esto sea lo suficiente lejos como para que nadie le haya seguido.

Toda precaución es poca. No olvide que se trata de la vida de mi hijo.

Con esas palabras, H. C. Salerno dio por terminada su charla.

Durante todo el tiempo, los dos hombres de Salerno, sus guardaespaldas, habían estado cerca, muy cerca de su jefe, y Hal

pensó que quizá aún habían otros mezclados entre el público. Salerno sabía cuidarse y pagar bien los servicios.

También era rápido Salerno, porque al llegar al hotel ya tenía el dinero y alguien que se le aproximó para pedirle fuego y decirle disimuladamente:

—Póngase en camino mañana mismo. Dentro de dos días debe estar en Gianfreno.

—¿Algo más? —inquirió Hal, mientras apretaba entre sus manos el abultado paquete que debía contener unos cuatro mil dólares.

—En la lista de correos de Roma, y a su nombre, el de usted quiero decir, encontrará una carta con instrucciones.

CAPÍTULO III

Roma, lista de Correos.

El sobre que le dieron a Hal contenía una fotografía y una nota.

La foto era de un hombre joven. Unos veinticinco años, aspecto insolente, no tenía ningún rasgo en común con Salerno; no obstante, era su hijo. Allí lo decía.

En la nota Hal pudo leer:

«Retenga en su memoria el aspecto de mí hijo y queme la fotografía y esta nota después de haberla leído. Procure que no le sigan.

»Alquile un coche y vaya directo a Gianfreno. Es un pueblo pequeño en los Alpes. No es necesario que le vean. La casa está a unos tres kilómetros.

Aguarde en el cruce de caminos. A mediodía verá llegar a mí hijo con un coche color rojo. Sígale hasta la casa. Eso es todo».

No había firma.

Hal examinó atentamente la fotografía. No había posibilidad de confundir aquel rostro. La quemó a la salida de Correos, junto con la carta. Las cenizas se las llevó el viento.

Al volverse le pareció que un sujeto de alta estatura le había estado observando.

El tipo, que tenía un periódico en las manos y estaba muy cerca de la puerta por la que había salido, decidió alejarse y lo hizo a buen paso.

Hal hizo intención de seguirle y el otro aceleró la marcha.

«Hum... Esto no empieza bien», murmuró Hal para sí, y anduvo más aprisa.

El otro dobló rápidamente una esquina y cruzó la calle en medio del tráfico, jugándose la piel.

Hal pensó que tenía demasiada prisa, y continuó la persecución por la acera opuesta.

Su perseguido echó a correr descaradamente, en el momento en

que un autobús se detenía en la parada de la esquina. El sujeto tomó el autobús y entonces Hal cruzó rápido la calle, lanzando una maldición entre dientes.

La suerte le favoreció al ver que un taxi se desocupaba. Un par de jóvenes corrían hacia el vehículo.

—¡Eh! Lo hemos cogido nosotros —gritó uno de ellos.

Hal aguardó a que una señora anciana se apeara y los dos jóvenes le dieron alcance.

—¡Eh, amigo, no se las dé de listo! El taxi es nuestro.

Sin hacerles el menor caso, Hal iba a meterse dentro, cuando uno de aquellos le sujetó.

Hal se volvió raudo y clavó su mirada al joven que le sujetaba.

—¡Suélteme o le pongo a usted y a su amigo unas caras que no les van a conocer ni sus madres!

Además del imperativo de su voz, fue también su fiera mirada lo que debió impresionar al joven, que soltó a Hal como si su brazo quemara.

—¡Rápido! Siga al autobús, de cerca —pidió Hal una vez en el interior del taxi.

—¡Hum! Con este tráfico... Mala hora, amigo, para seguir a la novia.

Hal puso ante las narices del chófer un papel de diez mil liras.

Fue lo mismo que echarle gasolina a una máquina. El conductor adelantó cómo pudo. Ilegalmente. Pero adelantó.

Hal no dejaba de observar en cada parada si su perseguido se apeaba o no.

Tres, cuatro, seis paradas y el tipo continuaba en el autobús, que ahora discurría ya por una calle sin tránsito en dirección al puente de la Reina Margarita, para cruzar el Tíber.

—Este va a Villa Borghese —comentó el taxista, y no se equivocó, porque más adelante el vehículo cruzó la Puerta Pinciana y continuó por la Viale de San Pablo de Brasil.

La ruta todavía continuó por una zona plácida entre jardines.

Allí se apeó el hombre al que Hal seguía, que al advertir la presencia de Hal que se apeaba del taxi, echó a correr. Hal pagó con otro billete de diez mil y fue tras el sujeto que se adentró por unos jardines.

Más rápido, Hal alcanzó al hombre, que cansado ya, se volvió y

trató de esgrimir algo que Hal no llegó a ver, porque apenas había hundido su mano en el bolsillo, el ex boxeador se lanzó contra él derribándole con su impulso.

Le obligó a levantarse sujetándole con tanta fuerza que le desgarró las solapas de la chaqueta.

—¿Quién diablos eres? ¡Habla! ¿Por qué me sigues?

—Se equivoca conmigo, yo...

Intentó ganarse la confianza de Hal, pero este no se dejó engañar y lo soltó para golpearle un par de veces con la mano abierta.

Los bofetones, en el silencio del parque sonaron como dos cañonazos y el tipo reaccionó con violencia intentado golpear por dos veces a Hal, pero el ex boxeador paró los golpes de forma profesional, y desarbolando por completo la guardia de su adversario, le pegó con tal fuerza en el mentón que el otro quedó instantáneamente fuera de combate.

Se inclinó para despertarle cuando entre los setos vio detenerse a un coche de la policía.

Se aparearon dos agentes de uniforme y Hal pensó que sería mejor no dar explicaciones. Así que tuvo que abandonar al sujeto sin saber exactamente quién era y por qué le seguía.

Escondido por entre los setos consiguió despistar a los agentes que habían empezado a seguirle.

—Debe ser un ajuste de cuentas —murmuró uno de los agentes.

—Me gustaría encontrar al otro. ¡Y encima estropean los jardines! —gruñó el otro.

Hal ya estaba de regreso al centro, en busca de una casa de alquiler de coches.

CAPÍTULO IV

Gianfreno es uno de esos lugares que solo conocen los que tienen alguna relación con él, ya sea por motivos familiares o porque posean tierras.

Gianfreno no es ningún lugar de paso, y en muchos mapas no figura ni siquiera su nombre. Lo más cercano, a ocho kilómetros antes de llegar por una tortuosa carretera llena de piedras, es la pequeña villa de San Carlos.

A otros seis kilómetros está el cruce. El tramo principal sigue hasta la cumbre donde se alza Gianfreno, una aldea con escasas viviendas y un paisaje maravilloso.

Hal Cremona se detuvo en el cruce.

El camino secundario era todavía peor, mucho peor. Salió del coche y notó frío.

No era extraño, había una poca nieve que aumentaba en las colmas.

Consultó el reloj. Eran las 11:25. Si el hijo de Salerno era puntual, le quedaba una espera de más de media hora, y optó por meterse nuevamente en el auto.

En la primera media hora no pasó absolutamente nadie por la carretera.

—El día que urbanicen esto —dijo en voz alta, fumando su cuarto cigarrillo— no habrá quien dé un paso y, ahora... parece un cementerio.

Volvió a bajar del auto y miró con más atención los alrededores. Aquello en verdad hubiera podido convertirse en una buena estación invernal.

Las doce y media del mediodía eran cuando el coche rojo del hijo de Salerno todavía no había aparecido. Hal consumió el último cigarrillo de un paquete que tiró malhumorado. Le fastidiaba que le hicieran esperar y además sentía un vacío en el estómago.

Cuando del segundo paquete llevaba ya fumados la mitad de los cigarrillos, su reloj marcaba las dos.

Recordó que las órdenes que tenía no le permitían pasar por el pueblo y decidió seguir esperando.

Las tres, tampoco, y adiós cigarrillos.

Hal maldecía entre dientes.

Eran las cinco y media cuando vio al primer ser viviente. Un hombre montado en un carro tirado por una mula cansina.

El campesino pasó, se fijó en el auto, pero siguió su camino. Hal estaba dentro del vehículo, fastidiado.

Un cuarto de hora más tarde asomó el coche rojo a gran velocidad.

Lanzado al máximo pareció que iba a embestir el auto de Hal, que seguía dentro.

El conductor del coche rojo, haciendo alarde de frenos y de estupidez, frenó en seco a escasos centímetros de la trasera del otro coche.

Hal se asomó. El conductor del coche rojo también sacó el rostro por la ventanilla. Era idéntico a la foto, solo que ahora vestía jersey grueso de cuello de cisne, color rojo también. Miraba con el mismo aire de suficiencia que Hal había advertido en el retrato.

—Conque eres tú, ¿eh? —sonrió el recién llegado.

—Me llamo Hal, y otra vez procure ser puntual.

—¡Eh! ¡Un momento! —el hijo de Salerno bajó del coche y se plantó frente a la puerta del otro automóvil—. ¿Qué ha dicho usted? Repítalo.

—Su padre me dijo que estaría aquí al mediodía.

—Sí... Ya me había parecido oír algo así. Oiga, usted a callar, mi padre le paga, ¿no?

—Sí, hijo, sí. Su padre me paga... Para que guarde sus espaldas, no para aguantar impertinencias. Y llegar tarde es una impertinencia. ¡Vamos! Siga adelante.

El hijo de Salerno, con los brazos en jarras, se echó a reír.

—Tiene gracia... Usted es mi perro guardián. Nada más. No ladre hasta que yo no se lo indique. ¿Está claro?

Hal le midió con la mirada y se limitó a murmurar:

—¿Tiene tabaco? Llevo más de tres horas sin fumar.

—Vaya al pueblo a comprarlo, o no fume. No es bueno para la salud.

Con más acopio de paciencia, Hal murmuró:

—Siga adelante... cuando quiera.

—Eso está mejor. Veo que va aprendiendo.

Para sus adentros Hal murmuró:

«Tú sí que tienes mucho que aprender».

Cuando el coche rojo pasó junto a Hal, el hijo de Salerno gritó:

—Mi nombre es Lewis, pero usted me llamará señor Salerno.

¿Comprendido?

Y sin darle tiempo a que Hal contestara aceleró como un loco, dejándole atrás.

Hal dio el encendido y le siguió. Su forma de conducir, a pesar del mal estado del camino era perfecta, y no se separó de las ruedas de Lewis Salerno, que intentó por todos los medios despegarse.

Tras los dos primeros kilómetros y después de una curva bastante pronunciada, Hal creyó ver algo por el retrovisor. Era un coche. Un coche que también había tomado el mismo sendero.

Hal tocó un par de veces el claxon, pero Lewis quizá pensó que le pedía paso y aceleró.

Hal, perdida ya la paciencia, apretó el acelerador hasta el fondo, sobrepasó el vehículo de Lewis y se le atravesó en el camino obligándole a frenar.

El coche que había tomado el mismo sendero se aproximaba a velocidad normal.

CAPÍTULO V

—¿Se ha vuelto loco? —preguntó Lewis, saliendo del coche hecho un energúmeno.

—Guarde sus arrestos si los tiene. Nos siguen.

—¿Qué?

—¡Que nos siguen! ¿Tiene idea de quién puede ser?

—¡Oh! No debe preocuparse —exclamó con una sonrisa—. Es una amiga. No hay peligro. Quite el coche de aquí y déjeme pasar.

—Un momento. Nada de compañía.

—Hal, quiero que lo entienda de una vez por todas. Usted aquí es solo mi perro guardián. Nada más que eso.

—No me gusta su modo de hablar, hijo... No me gusta nada. Le estoy protegiendo y lo haré a mí modo. ¿Me entiende? No me obligue también a ser su maestro de educación.

—Basta, Hal. Haré lo que se me antoje, y esa chica vendrá conmigo y se quedará hasta que yo me canse. ¿Está claro?

Hal no contestó. Volvió los ojos y vio cómo el auto estaba ya muy cerca.

—Bueno. Yo mismo hablaré con ella —repuso Hal.

—¡Hal, le prohíbo que...!

Pero Hal caminaba ya hacia el auto, que se detuvo un poco antes.

La muchacha asomó por la ventanilla.

—¿Qué ocurre aquí? ¿Alguna dificultad?

—Señorita... —empezó Hal—, creo que ha habido un mal entendido. Tendrá usted que regresar.

—¿Qué significa esto? —inquirió ella.

Lewis se acercaba a buen paso.

—No hagas caso a este imbécil. Ya le he dicho que es solo un perro, cuando lleguemos le enseñaré dónde está su caseta, y allí le quiero para que nos deje en paz.

Hal avanzó calmamente hacia el joven. Cuando estuvo ante él le midió con la mirada. Luego con un rápido movimiento le sujetó

por el jersey con tal fuerza que la lana se estiró al máximo.

—Me ha llamado perro tres veces, y que yo sepa, no ladro. Tú sí ladras, y es lógico porque eres un hijo de perra que necesita una lección. Voy a darte la primera, a ver si te la grabas en la sesera.

Y le soltó para pegarle de revés con el dorso de la mano. Fue un golpe tan espectacular como efectivo, porque Lewis Salerno cayó hacia atrás dándose con la espalda contra las piedras. Al ir a levantarse no pudo y lanzó un quejido fatigoso.

La muchacha había salido del auto y corría hacia él.

—¡Déjele y vuélvase! Se lo he advertido —opuso Hal.

—Es usted un bruto.

—Oiga, amiguita, una vez maté a un hombre de un golpe, un hombre que valía cien veces más que este... y «eso» aún sigue con vida.

La muchacha miró a los ojos de Hal y retrocedió, comprendiendo que sería inútil discutir con él.

Poco después, ella daba la vuelta con el mismo coche con el que había venido.

Hal se inclinó hacia Lewis, que seguía sentado en el suelo. Le había caído el paquete de cigarrillos. Lo tomó, cogió uno, lo encendió y se guardó el paquete en el bolsillo.

—¡Se acordará de lo que ha hecho, Hal! —espetó Lewis apretando los dientes.

Hal fue hacia el coche rojo, buscó en la guantera y luego en la parte de atrás. Vio un par de cartones de cigarrillos y tomó uno para sí, volviendo a cerrar la puerta.

—El que se acordará será usted, porque si olvida, tendré que refrescarle la memoria. Y ya sabe cómo. ¡Vamos! ¡Póngase en pie! Yo no soy su niñera y no pienso pasarme la tarde aquí.

Lewis obedeció con prontitud. Luego el viaje siguió su curso.

* * *

La casa era enorme, igual que el terreno que la circundaba. Hubiera podido ser una auténtica villa de montaña, pero se hallaba bastante descuidada.

Mitad casa de labor y mitad mansión de verano, su parte delantera estaba protegida por una valla de ladrillos. La edificación

principal, al fondo, formaba una ele. Había otras pequeñas construcciones propias para guardar aperos de labranza, garaje e invernadero.

Cuando los dos hombres bajaron de sus respectivos coches, Lewis señaló a Hal un pequeño pabellón.

—Usted allí.

—No empecemos con órdenes, hijo. Primero echaré un vistazo. Luego elegiré.

—¡Oiga! ¿Qué es usted? ¿Mi guardaespaldas o mi carcelero?

—De todo un poco, hijo, de todo un poco. Ande, adelante, quiero ver toda la casa. Absolutamente toda.

Tardó quince minutos en recorrer las habitaciones, en examinar los huecos de las tres chimeneas-hogar, en pasearse por la buhardilla y comprobar que por un ventanillo podía asomarse y aun saltar al exterior utilizando la cuerda sujeta a la polea enganchada a un par de palmos de la abertura.

Al llegar a la cocina, preguntó a Lewis:

—¿Sabe cocinar?

—¿No pretenderá que haga yo la comida?

—No tratamos de eso con su padre... pero puesto que somos dos a comer nos turnaremos, un día cada uno.

Lewis no contestó. Sabía que hubiera resultado totalmente inútil llevarle la contraria a su guardaespaldas.

Hal había decidido ya.

—Prefiero el pabellón. Ciertas compañías me molestan —y salió de la casa.

El pabellón tenía una sola habitación, grande. Estaba llena de trastos, muebles viejos, esquis de varias clases, cajas y mucho polvo.

Había también un diván transformable y en un armario mantas y ropa de cama.

Hal salió sacudiéndose el polvo. Echó un vistazo y vio a Lewis que salía del garaje.

Estaba anocheciendo.

—¡Eh! —gritó—. ¿Quién cuida de la limpieza?

—De la casa cuida una mujer dos veces por semana. Pero como usted no quiere que venga nadie...

—¿Tiene teléfono esa chica que le seguía?

—Sí.

—Está bien, llámela. ¿Cuál es su nombre?

—Irene.

—Muy bien, que venga.

Hal volvió a entrar y de un maletín sacó un fusil por piezas. Lo montó pacientemente e hizo igual con un revólver de largo cañón. Cargó ambas armas y apuntó con ellas detrás de la ventana. Las dos estaban dispuestas para disparar.

CAPÍTULO VI

La muchacha estaba ya en la casa, pero... por motivos muy distintos a los que ella y el propio Lewis Salerno habían supuesto.

Llena de polvo por completo concluyó de limpiar el pabellón. Hal la observaba con indiferencia.

—Debo estar loca. Loca de remate... No sé cómo le he hecho caso.

—Porque se lo he pedido de buenas formas.

—Ha escondido las llaves de los coches... ¡Buenas formas las de usted! Dice que los demás no tienen modales, pero usted les gana a todos.

—Dije que le pagaría el trabajo.

—Yo no soy una mujer de la limpieza

—Tanto da alquilarse por una cosa como para otra.

—¡Grosero!

—No discutamos. Ahora la comida. Usted también estará hambrienta. El trabajo y esos aires despiertan el apetito.

Cenaron los tres en el más absoluto silencio. La comida era más bien mala, y Hal lo dio a comprender a cada bocado que probaba.

—Si en otro orden de cosas no es usted mejor, como cocinera...

—¡Voy a bañarme! —exclamó ella poniéndose en pie—. Supongo que habrá baño o ducha por lo menos.

—Yo te acompañaré, Irene —repuso Lewis, y mirando a Hal añadió—: Si nadie se opone.

Hal no contestó. Se quedó solo en la mesa hasta que Lewis regresó.

—No pretenderá que se vaya ahora que la ha hecho trabajar, ¿eh?

—¿Por qué no? Le pagaré...

—Pagará el viejo quiere decir. Lo anotará usted en la cuenta de gastos generales.

—Por supuesto.

—Oiga, es de noche. Una chica sola...

—Esa chica no le teme a la oscuridad.

—Hal, se está pasando.

—Escuche, hijo. Su vida corre peligro, ¿verdad?

—Pero Irene...

—Irene puede ser tan peligrosa como cualquier hombre. ¿O es que sabe quién va a venir a asesinarle?

—No vendrá nadie... ¿Quién puede saber que estoy aquí? El viejo ha tomado todas las precauciones.

—En Roma me siguieron. Puede que haya gente más lista que su padre.

—¡Al diablo con todo! ¿Por qué sospechar de Irene?

—Una vez a solas con ella puede matarle de mil formas: veneno en una jeringuilla, un puñal oculto...

—¡Oiga, Hal, conozco a Irene de antes!

—¿De cuándo?

—De hace un año por lo menos.

—¿Suele traerla aquí?

—Yo no he venido nunca por aquí... Bueno, una vez.

—¿Dónde vive Irene?

—En Milán.

—¿Qué hace en las señas donde la ha llamado?

—¿En San Carlos? Bueno, hay una posada. Dijo que quería descansar unos días.

Es una chica muy sensible, aunque usted no entienda de esto. Odia la vida de las ciudades, la gente... Por eso descansa a veces... Quedamos en encontramos. Pero de pronto sale usted con sus aires de perdonavidas y empieza a dirigir a los demás.

—Es por su bien, muchacho.

—¡Deje de llamarme muchacho! —y Lewis se dispuso a salir, pero Hal le detuvo.

—No, no. Primero yo. Es ya de noche. Podría haber alguien apostado.

—¡Cuánta eficiencia! ¡Bien, adelante! Para usted la primera bala...

—Me pagan por esto. No me gusta, pero debo justificar el sueldo.

—No se moleste, ya se me han pasado las ganas de salir.

Se quedaron esperando a Irene, que bajó con una bata que dijo

haber encontrado detrás de la puerta del baño.

—¡Oh! El agua estaba helada.

—Y usted acabará de helarse si no se pone algo más debajo de esa bata —gruñó Hal.

—Es usted muy observador.

—Tengo ojos. ¡Vamos, vístase! Tenemos que salir...

Salieron, pero solo para ir hacia el pabellón, con lo que el enfado de Lewis fue en aumento.

—Maldito aprovechado... Ahora la quiere para él.

Pero se equivocaba porque Hal le indicó la cama que ella misma había preparado.

—Duerma aquí.

—¿Y usted?

—No se preocupe por mí. Lo ha dejado todo tan limpio que puedo sentarme en cualquier sillón.

—No le entiendo. Creí que...

—¿Creyó que la había hecho venir para...? ¡No, nena! Estoy de servicio.

—No le entiendo... ¿Por qué hace esto?

—¿No lo ha adivinado?

—Bueno. Sé que protege a Lewis.

—Pues ya está.

Ella guardó silencio. Encendió un cigarrillo y fue la primera en volver a hablar, mientras Hal estaba con toda la atención puesta en la explanada iluminada por el resplandor de la luna.

—¿Por qué persiguen a Lewis?

—No lo sé ni me importa.

—No le gusta hablar mucho, ¿verdad?

—Según de qué y con quién.

—¿Cree que soy una cualquiera?

—Mire, yo no creo nada. Cada cual se busca la vida a su modo.

—No soy lo que usted piensa.

—¿Y qué pienso?

Ella guardó silencio. Lo rompió enseguida para justificar:

—Ya sé que mi presencia aquí puede... puede hacerle dudar.

—No se esfuerce. No me preocupo de lo que hacen los demás.

—Quiero que lo sepa, Hal... Lewis y yo solo somos buenos amigos. Yo estaba en San Carlos y él me dijo que iba a venir. Dijo

también que se encontraría muy solo.

—Y usted es muy atenta...

—No sé cómo hubiera acabado todo, Hal, pero le aseguro que mi intención es buena.

El guardó silencio y ella prosiguió:

—Lewis es un buen muchacho. Me gusta, por eso acepté venir un día para hacerle compañía. Eso es todo. Si piensa lo peor, allá usted.

Él se volvió para mirarla. Irene parecía sincera.

—Duérmase. Nadie la importunará.

—Puede que no me haya creído ni una sola palabra, Hal. Lo comprendo... Está usted amargado.

—¿Sí?

—Sí. Y yo le comprendo.

—¿De veras?

—Sé quién es usted. Lo leí en los periódicos hace algún tiempo. Su fotografía venía a menudo en ellos.

—Bueno, basta ya de charla —cortó él—. A dormir. Son más de las diez.

Ya no dijeron más.

CAPÍTULO VII

Eran casi las diez de la mañana, Irene se despedía de Lewis, que le preguntó:

—¿Qué sabes de él?

—Era boxeador.

Lewis se acarició la mejilla recordando el golpe recibido la tarde anterior.

—Se dijo —continuó ella— que trató de tirar de la manta y descubrir unos chanchullos llevados a cabo por un grupo mafioso.

—Creo que leí algo de eso... Trataron de hacerle el vacío. ¡Él se lo buscó!

—Yo considero que su proceder fue honrado.

—¡Vaya! ¿Te ha convencido? —sonrió Lewis con cierta intención.

—¿Qué insinúas?

—Nada. Pero parece que le defiendas.

—Está amargado.

—¿Le retiraron la licencia por eso que dices?

—No, no fue por eso, no estoy muy segura, pero creo que... en un combate mató a un hombre, por eso abandonó.

Lewis lanzó un silbido y volvió los ojos hacia el pabellón. Hal estaba fuera, observándoles.

—¡Vaya pájaro!

—Fue sin querer. Un accidente en el *ring*.

—¿Cómo sabes tantas cosas?

—Porque entonces trabajaba en una revista y tenía que recortar fotografías y noticias importantes... Se escribió mucho sobre Hal, por eso en cierto modo siento piedad por él.

—No será que esta noche pasada...

—¡Lewis!

—No sería nada de extraño que...

—Cuando te propones hacer daño a alguien lo consigues. Adiós.

—Espera, mujer.

—No. Tengo que irme.

—Sigues al pie de la letra sus órdenes, ¿no?

—Y te aconsejo que hagas lo mismo. Ya viste lo que sucedió ayer —adujo ella con intención de herir su amor propio. Seguidamente cogió su automóvil, lo puso en marcha y se alejó.

A menos de un kilómetro se cruzó con un *jeep* cubierto, en cuyo interior vio a cuatro agentes uniformados como los *carabinieri*. Siguió su camino mirando por el retrovisor. El vehículo se dirigía hacia la casa que acababa de dejar.

Se quedó un momento pensativa sin dejar de conducir.

El *jeep* continuó y en breves momentos cruzó la puerta que daba entrada al patio de la casa.

Hal se estaba pasando la rasuradora eléctrica en el pabellón y asomó al tiempo de ver cómo los cuatro policías provistos de metralletas se dirigían hacia la casa.

Soltó la rasuradora y salió. Se dirigió corriendo hacia la casa cuando los cuatro hombres estaban ya en el portal.

Lewis abrió en aquel instante.

Todo sucedió tan rápido que Hal ni siquiera pudo intervenir.

Los recién llegados no pronunciaron ni una sola palabra. Sus armas fueron encaradas hacia la puerta. Lewis gritó:

—¡No! ¡Se equivocan! No...

Fue lo último que pronunció. Hablaron las metralletas con su tétrico tableteo.

Hal apretó los puños. Los uniformes le habían engañado. Corrió hacia el pabellón cuando todavía continuaban los disparos.

—¡Eh! —gritó uno de los cuatro *carabinieri*, viendo a Hal.

Las armas se volvieron hacia él y empezó una nueva ráfaga.

Hal, alcanzado en las piernas y en el cuerpo pareció tropezar con algo y cayó dándose contra el quicio de la puerta. No había conseguido entrar.

Los cuatro asesinos siguieron disparando. Una de las balas debió alcanzar la cabeza de Hal porque su rostro se tiñó de rojo.

Hal cayó definitivamente de bruces.

Los hombres se volvieron hacia Lewis, que yacía sobre un charco de sangre. Su cuerpo era un auténtico colador y su rostro, alcanzado también por las ráfagas, se había convertido en una masa sanguinolenta.

Pero la labor de los hombres no había concluido todavía. Sin intercambiar palabra y perfectamente conocedores de lo que tenían que hacer, dos de ellos fueron al *jeep* en busca de latas con las que rociaron la casa por dentro y por fuera.

Luego le prendieron fuego.

Cartuchos de dinamita completaron la acción devastadora. El ruido atronador pudo oírse a varios kilómetros de distancia.

Los hombres tras contemplar durante algunos minutos su labor decidieron largarse.

—Listo —dijo uno.

—¿Y el otro? —preguntó alguien.

—¡Bah! —fue la ambigua respuesta.

El *jeep* se alejó en dirección opuesta, cruzando un campo irregular.

Más allá los cuatro hombres se cambiaron las ropas, las dejaron en el *jeep*, que empujaron hasta el borde de un precipicio.

—Esto es muy profundo. Nunca lo encontrarán —dijo uno.

El *jeep* se despeñó por el torrente. El ruido de la cascada contigua ahogó los golpes, luego el vehículo se hundió en el lecho del amplio torrente.

Los cuatro asesinos, con ropas de paisano, ocuparon dos coches que tenían escondidos entre la maleza. Su labor había concluido.

CAPÍTULO VIII

Tres semanas después en un hospital de Milán.

—¿Cómo está? —preguntó Irene.

El que tenía delante era uno de los médicos que habían intervenido en la operación realizada a Hal Cremona.

—Hace tres días comenzó a recobrase. Si va a verle, puede que no la reconozca.

Está todavía bajo los efectos de la fuerte medicación a que tiene que ser sometido.

—No creí que se recobrara, la verdad.

—Nadie lo hubiese creído. Puede decirse que ha vuelto a nacer. Cuatro balas en las piernas, tres en el cuerpo y una rozándole casi el cerebro... la verdad es que ha tenido mucha suerte.

—¿Puedo verle?

—Sí, desde luego, pero no hable demasiado.

—No, doctor.

—¡Ah! Hay policía vigilando... Le pedirán su identidad.

Ella asintió. Poco después y ante la puerta de la habitación que ocupaba Hal, ella se identificó ante un policía de paisano.

—Inspector Coppeti.

—Soy Irene Ninchi. Fui la que avisó cuando ocurrió aquello...

—¡Oh, sí! Tengo su nombre anotado... Precisamente quería hacerle unas preguntas.

—Entonces ya dije todo lo que sabía, agente.

—Sí, sí... Según el informe, declaró usted que el herido estaba en calidad de guardaespaldas de Lewis Salerno.

—Bueno, yo no dije eso exactamente.

—Si la palabra guardaespaldas le suena fuerte...

Ella no dijo nada.

—Lo cierto —insistió el agente— es que Hal Cremona protegía a

Salerno.

—Sí.

—¿Y usted acababa de salir de la casa? ¿Conocía a Cremona?

—Conocía al señor Salerno. Eso también lo dije. A Hal Cremona lo conocí allí.

—¿Y vio a ese *jeep* con cuatro *carabinieri*?

—Sí.

—No eran *carabinieri* por supuesto. Pero... ¿sería usted capaz de reconocerles?

—No sé... Fue solo un momento. Vi a los cuatro hombres uniformados y nada más. También contesté a eso cuando me interrogaron. ¿No han descubierto nada?

—Señorita, Ninchi... ¿Qué sabía usted de Lewis Salerno?

—Muy poco.

—¿Le habló de su padre alguna vez? ¿Conoce usted a Ettore Carlo Salerno.

—No.

—Cuando hace años se hizo ciudadano americano puso una hache en su nombre Héctor en vez de Ettore. Han acabado llamándole H. C.

—Algunas veces recorté algo que se refería al señor Salerno. Era relacionado con negocios...

—Sí. Tiene muchos negocios. Demasiados.

—¿Lo ocurrido es... una venganza?

—Algo así. Un ajuste de cuentas. Me gustaría hablar con usted con más tranquilidad. Vaya a ver a Cremona si quiere, pero dudo que consiga hablar con él. Ni siquiera sé cómo vive. Ese hombre debe ser de hierro.

Vendado por completo su rostro del que únicamente sobresalían los agujeros para los ojos y boca y las ventanas de la nariz, Hal yacía postrado, inmóvil.

El suero manaba gota a gota del depósito, recorriendo el largo tubo para infiltrarse en la vena. Parte del brazo era también un vendaje, y el otro brazo estaba totalmente cubierto por el yeso.

—¡Dios mío! —exclamó ella.

Hal continuó inmóvil, con los ojos abiertos.

—Hal —susurró ella—. ¿Me reconoce? No diga nada. Cierre los ojos si me reconoce.

El permaneció unos instantes como si no hubiese entendido.

—Ni siquiera sabe quién soy —musitó ella.

Hal cerró los ojos esta vez.

—¡Me conoce! —exclamó ella como si aquello le produjese una gran alegría.

Hal volvió a cerrarlos.

—No le molestaré más. Sólo... solo quería saber cómo se encontraba. Yo... yo oí aquella tremenda explosión, ¿sabe? Estaba muy asustada, pero retrocedí. Le encontré allí... ¡Oh! No sé por qué le molesto con todo esto. Adiós, Hal. Volveré a verle otro día, si no le molesta. Adiós.

CAPÍTULO IX

Irene y el inspector Aldo Coppeti cenaron juntos.

—La gente como Salerno confía más en cualquier aficionado que tenga fuerza física y esté dispuesto a jugarse el pellejo, que en la policía. Este es el error.

—¿Salerno... no es una persona buena? —inquirió Irene.

—Dejemos el concepto buenos y malos, señorita. Salerno es un pez muy gordo.

Las fortunas no se hacen empezando vendiendo periódicos. Eso es solo una pro-paganda... Y Salerno ni siquiera pasó por lo de los periódicos.

—¿Quién es Salerno?

—Un hombre muy bien relacionado. Un intocable. Ahora removerá cielo y tierra desde América. Ya empezó cuando vino aquí al serle comunicada la muerte de su hijo.

—Estaba carbonizado, ¿verdad?

—Sólo quedaron de él unos cuantos huesos calcinados. Usted y Hal fueron las últimas personas que le vieron con vida.

—Es horrible, horrible.

El policía volvió al tema que había sido motivo de aquella cena.

—Usted dijo que solo hacía un mes que conocía a Lewis, y que él nunca le habló de su padre.

Ella asintió reafirmandose en lo dicho.

—Estaría dispuesta a colaborar con nosotros llegado el momento, ¿verdad?

—Desde luego.

—Sé que le mostraron algunas fotografías y que no consiguió reconocer a nadie.

Bueno, en este caso habrán empleado gente nueva. Quizá extranjeros que seguramente ya están otra vez en sus lugares de origen. No obstante, el Departamento está intentando reunir datos sobre los forasteros que llegaron por aquellas fechas. Los nombres de algunos ya han sido facilitados a través de la Interpol.

Coppeti parecía hablar consigo mismo. Irene se limitaba a escucharle.

Cuando Coppeti calló, ella preguntó:

—Salerno es un *gangster*, ¿verdad?

—Bueno. Lo que sea Salerno no es cosa mía. Es americano, lo malo es que ha elegido ese lugar para que mataran a su hijo... ¡Eso nos complica la vida! Si hubiese confiado en nosotros... Pero es su lema...

—¿Cómo la mafia?

—Eso es. Todo queda entre ellos.

—¿Y por qué vengarse en Lewis? ¿Tenía algo que ver con los negocios de su padre?

—Según rumores... —empezó el policía— parece ser que Lewis mató a un hombre en América y consiguió escapar de la policía de allá.

—¿Mató a un hombre?

—No se pudo probar, naturalmente... Pero los perjudicados no necesitaron pruebas.

—¿Los perjudicados? ¿Una banda rival?

—Ellos no lo llamarían banda, digamos un enemigo de H. C. Salerno... Bueno, no quiero llenarle la cabeza de esas historias. ¿Vámonos a otra parte?

—Es ya muy tarde.

—Podríamos prolongar la noche. En estos momentos dispongo de todo el tiempo.

—La verdad es que estoy un poco cansada.

—La llamaré otro día. ¿Conforme?

—Como quiera —sonrió ella.

Coppeti era simpático y galante. No parecía un policía, y durante el trayecto hasta la casa de la muchacha en Milán —un apartamento de la calle Colombo— la miró con frecuencia, siempre sonriente.

Se despidieron en el mismo coche, y el policía tras poner en marcha el vehículo se detuvo en la esquina para llamar por teléfono desde una cabina.

—Es el número 320 de la calle Colombo. Quiero que la muchacha sea vigilada a todas horas.

Cuando Irene entró en su casa, el teléfono estaba sonando.

Vaciló antes de tomarlo, pero al fin descolgó.

—Diga.

Nadie respondió al otro lado del hilo, pero una disimulada respiración le indicó que había realmente alguien.

—¿Diga? ¿Quién es?

Del otro lado del hilo colgaron.

Cuando Irene colgó, estaba asustada. Muy asustada.

CAPÍTULO X

Hal Cremona fue dado, de alta tres meses después de haber ingresado en el hospital de Milán.

—Debe descansar durante una temporada —le recomendó el médico que había llevado su caso.

—Me encuentro bien, doctor. Sólo necesito un poco de ejercicio —repuso Hal, pausadamente.

—No demasiado. Sus lesiones han sido muy serias. No está en condiciones de reemprender ningún trabajo que pueda resultarle excesivamente violento.

—¿Quiere decir que... no estoy normal? —se pasó una mano por la frente.

—¿Le duele la cabeza? —preguntó el médico a su vez.

—No... No es nada.

—Puede que le duela. En el sobre que voy a darle tiene las instrucciones que debe seguir. Haga caso de ellas en todo momento. Y tómese el medicamento que le recomiendo.

—Hable claramente, doctor... Le he preguntado si estoy normal...

—Lo está —sonrió el médico—. Pero puede sentir algún trastorno. Es lo que estoy tratando de decirle. Su cabeza... está un poco débil. Hay que reforzarla, y no hacerla trabajar demasiado. ¿Tiene medios?

—Supongo que... sí. Bueno, sí. Tengo algún dinero.

—Pues váyase fuera, a un lugar tranquilo, descanse.

Cuando se vio en la calle, caminó sin rumbo. El tráfico, el sol, el apresurado deambular de la gente parecía aturdirle, pero —hombre activo al fin— lo superó y se aclimató al ritmo que le marcaban los demás.

Entró en un bar y allí abrió el sobre que le había entregado el médico.

Allí encontró una copia de su ficha con un resumen de su historial, las recomendaciones y unas recetas para medicamentos.

«...Y durante los primeros dos meses, absténgase de beber alcohol...»

Leyó entre otras cosas.

—¿Qué le sirvo, señor? —preguntó un camarero.

—Pues... café. Un café bien cargado.

Se fijó entonces en el hombre que le estaba observando, pero no le dio mayor importancia hasta que salió del establecimiento.

¡Aquel hombre le seguía!

Aminoró la marcha y el otro se detuvo. Entonces Hal, repentinamente, aceleró el paso y dobló la esquina.

Su seguidor tuvo que correr para alcanzarle.

Tras doblar la esquina al acercarse al primer portal, las manos rápidas de Hal le atrajeron bruscamente.

—¡No empecemos! Me han recomendado tranquilidad... ¿Qué diablos quiere usted?

Le sujetaba con tal fuerza que el otro apenas podía moverse.

—¡Vamos, hable!

—Policía... Si me suelta le mostraré mi placa.

Sí. Era policía.

—¿Qué diablos quiere la policía de mí?

—El comisario quiere hablar con usted. Procure que no le sigan... aunque veo que sus reflejos funcionan perfectamente.

El agente de paisano se alejó y Hal salió tras él, dio un rodeo y cuando se cercioró de que nadie se fijaba en su persona, acudió a la cita con el comisario.

Coppeti estaba allí, junto con un secretario y el comisario. Intentaron que recordara lo sucedido.

Hal demostró que su memoria funcionaba perfectamente.

—¿Reconocería a esos hombres que llevaban el falso uniforme?

—Yo no distingo a los uniformes falsos de los auténticos —repuso Hal sin ninguna emoción.

—Nuestros *carabinieri* no andan por ahí matando a los ciudadanos.

—¿Son incorruptibles?

—Por favor, señor Cremona. Ciñámonos a los hechos... Necesitamos su ayuda.

—No suelo ayudar a la policía. Yo no he pedido nada.

—¿No quiere colaborar?

—¿Para qué?

—Se ha cometido un crimen. Usted pudo ser otra de las víctimas...

—Ya lo he sido. Me he perdido una sustanciosa suma de dinero.

—Ya sabemos que trabajaba como guardaespaldas del hombre que mataron.

—¿Pues qué más quieren saber?

—Mostrarle unas fotografías. ¿Está dispuesto a verlas?

Tras un silencio, Hal se encogió de hombros.

Por sus ojos pasaron varios rostros, algunos eran hombres que lo mismo podían ser empleados de oficina, como viajantes de comercio, otros semejaban pordioseros, había también algún clérigo.

—Algunos son repetidos. ¿Qué es eso? —inquirió Hal, al observar a un sacerdote.

—Disfraces. Tiene usted buenos reflejos. Es fisonomista.

—Mis reflejos siempre han sido buenos.

—Bien... esos curas que ha visto, no son curas, son maleantes disfrazados.

Algunos de ellos asesinos profesionales.

—¿Sí? ¿Y les dejan sueltos?

—No tenemos ninguna prueba oficial. Algunos ni siquiera sabemos dónde están, pero si usted pudiera reconocer a alguien...

Hal tomó la cartulina donde aparecían seis fotos separadas de otros tantos delincuentes, los miró uno a uno sin que su expresión se alterara lo más mínimo, como haría un buen jugador de póquer fuere cual fuese el juego que tuviese entre manos.

Lo dejó sobre la mesa sin decir nada.

—¿Y bien?

—Lo siento. Creo que no era ninguno de estos. No les vi muy de cerca, tal vez si me encontrara con ellos los reconocería.

Mentalmente revivió la escena. Vio a los cuatro hombres. La distancia mínima a que estuvo de ellos fue de unos veinte metros, tal vez menos, pero su vista era buena.

¿Cuál había sido la particularidad que le llamó la atención una fracción de segundo antes de que aquellos asesinos acribillaran al hijo de Salerno?

Como un relámpago desfilaban momentos de la fugaz escena.

Había uno... Uno sí... Llevaba bigote, un bigote que destacaba por algo.

Entornó los ojos para referirse mentalmente a la escena, para «regresar» a aquella situación.

Otro de los *carabinieri* llevaba la gorra bastante ladeada y tenía algo especial en las pestañas, una cicatriz tal vez...

No estaba muy seguro, resultaba todo muy confuso, pero lo de la cicatriz... Sí, eso no lo había soñado, o tal vez la ceja, una ceja partida.

Coppeti le volvió a la realidad.

—¿Qué piensa hacer ahora, Cremona? —le preguntó.

—No lo sé.

—¿No va a descansar?

—Es lo que me dijo el médico. A propósito... Yo tenía algún dinero en el pabellón. ¿Lo recogieron ustedes?

—Tenemos todas sus pertenencias. Están a su disposición —repuso Coppeti.

Se lo dieron todo. No era mucho. El reloj de pulsera, su cartera con los documentos, el pasaporte, una vieja foto de familia y el dinero, dólares y liras.

Coppeti le acompañó hasta la puerta, y a solas le recomendó:

—Puedo recomendarle un sitio tranquilo. Nadie sabrá dónde está.

—¿Insinúa que debo esconderme? —inquirió Hal, frunciendo el entrecejo.

—No olvide que usted es el único testigo de lo ocurrido allá en la montaña, señor Cremona. Por eso dispararon contra usted. Fallaron una vez, pero pueden intentarlo de nuevo.

—¿Y Irene? ¿No está ella en peligro?

—La mantenemos vigilada.

—¿Para protegerla?

—De todo un poco.

—¿Sospechan que ella...?

—Debemos cubrir todas las posibilidades. Pura rutina. ¿Irás a verla?

—Supongo que sí. Ella me visitó varias veces en el hospital, incluso cuando estaba inconsciente. No soy desagradecido.

—No se exhiba mucho por aquí, señor Cremona.

Hal se alejó sin hacer ningún comentario sobre lo que pensaba decidir.

CAPÍTULO XI

Irene se recuperó pronto de su sorpresa al ver aparecer a Hal en la puerta de su apartamento. Era la hora de la cena.

—¡Oh! Pase, Hal —invitó con una sonrisa.

—He venido un par de veces y usted no estaba.

—Sí... Ando buscando trabajo.

—Creí que estaba de vacaciones.

—No. Lo que ocurrió es que tuve unas palabras con el jefe. Pretendía incluir en mis obligaciones, trabajos personales.

—La entiendo.

—Bueno, ganaba bastante, pero el trabajo también era duro. Siempre tenía que andar con prisas. Me tomé unas vacaciones y ahora trato de encontrar algo más tranquilo.

—Debían pagarla muy bien para poder pasar tanto tiempo sin trabajo.

—Soy muy ahorradora... Estaba preparando la cena —dijo, cambiando repentinamente de conversación—. ¿Quiere comer algo?

—Sí, pero sin que tenga que trabajar para mí. Vamos a cualquier parte...

—Es que...

—¿Espera a alguien?

—Hal... ¿Ha hablado usted con la policía?

—¿Cómo lo sabe?

—Sé que a mí me siguen, y la verdad es que no me importa. Después de lo ocurrido, nunca está de más la protección.

—Bueno, si salimos juntos nos protegerán a los dos.

—No parece tomarlo muy en serio, Hal.

—¿También va a decirme que estoy en peligro? —inquirió él, observándola atentamente.

—Puede que sí, Hal. Puede que esté en peligro.

—Bien, no quiero hacerla correr riesgos por mí culpa. Me iré solo. Sólo quería agradecerle el interés que ha demostrado para conmigo...

—¡Oh...! No tiene importancia...

La miró fijamente y al dar media vuelta se llevó las manos a la cabeza, como si un intenso dolor imposible de ocultar le impidiera dar un solo paso.

—¿Qué le ocurre?

—No... No es nada —dijo él, buscándose el tubo de comprimidos que había comprado en la farmacia con la receta que le extendieron en el hospital.

—No se encuentra bien —murmuró ella al verle tragar la tableta.

—El matasanos del hospital me dijo que tal vez sintiera molestias... Ahora ya estoy mejor... Esas tabletas deben ser muy fuertes.

—No se vaya, Hal. Quédese... Tengo una habitación libre. Descanse.

Hal dudó, pero algo acabó induciéndole a quedarse en aquella casa.

* * *

La crisis había vuelto a repetirse tras la cena que Irene le ofreció. Luego ella misma le preparó la cama y le aconsejó que se fuera a dormir.

Hal se sentía algo aturdido, como si aquellas tabletas le hubiesen embotado ligeramente los sentidos.

Se durmió rápidamente, pero su sueño fue muy agitado. Tenía pesadillas, se removía, hablaba...

Irene, ya de noche, al oír las voces desde su habitación, fue a su lado y comprobó que Hal a pesar de la agitación seguía durmiendo, sudoroso, inquieto y sin cesar de murmurar frases entrecortadas.

* * *

Con las primeras luces del alba, Milán se desperezaba y alguien estaba empezando su trabajo, un trabajo muy especial...

De entre la bruma matinal y saltando entre los tejados, un hombre encontró el lugar exacto que deseaba. Allí comenzó a montar un fusil con mira telescópica.

Cuando hubo terminado la operación, buscó el punto que le interesaba.

Una sucesión de ventanas y terrazas desfilaron ante el graduado telescopio colocado junto al punto de mira. Por fin halló lo que buscaba; la ventana del apartamento de Irene.

El hombre comprobó que el fusil estaba en perfectas condiciones y comenzó a cargarlo parsimoniosamente.

CAPÍTULO XII

Eran casi las nueve de la mañana cuando Irene entró en la habitación de Hal para servirle el café y unos bizcochos.

—He dormido como un estúpido —murmuró Hal desperezándose.

Ella le dejó la bandeja en la mesita y abrió las cortinas para que entrara la luz.

—¿Le molesta? —preguntó sonriente.

—¿Eh?

—¿La luz, le molesta?

—No, no. Se toma usted demasiado trabajo. ¿Puedo tomar una ducha?

—En mi habitación. Voy a ver si han traído el periódico.

—Por mí me da igual.

—Es por mí. Busco trabajo, ¿recuerda? —Y tras una pausa preguntó—: ¿Cómo se encuentra?

—Bien, bien...

Se había levantado de la cama y ella volvió a su habitación para enfundarse un pantalón y una blusa a fin de salir. Al reaparecer encontró a Hal junto al ventanal de la sala.

—El baño está libre. Vuelvo enseguida.

Hal abrió los pórticos de la ventana para que entrara el aire.

—Le gusta el aire fresco, ¿eh? —añadió ella—. Hace buen tiempo para noviembre.

Él no dijo nada. Miró hacia la calle. Era un piso octavo y desde allí podía verse una buena panorámica de la industriosa ciudad italiana.

Se fijó en las azoteas más bajas, en los edificios lejanos. Lo que no pudo ver fue al hombre que le observaba a través de la mira telescópica del fusil. La cruz de la mira estaba fija en la cabeza de Hal.

Se alejó en busca de cigarrillos. Tal vez en aquel momento había salvado la vida.

Con el cigarrillo en la boca se dirigió hacia la ducha.

Salió limpio y vestido. Irene regresó con un par de periódicos.

Hal se sentó al teléfono.

—Debería llamar a Salerno, pero no sé dónde.

—No se preocupe. Si quiere algo de usted ya le encontrará.

—Parece muy segura.

—Bueno... Un hombre como Salerno debe tener medios, ¿no?

Irene se aproximó a la ventana y aspiró aire puro.

—Hummm. Me gusta...

Hal fue por su café y regresó tomándolo a pequeños sorbos, y se aproximó a la joven, que le preguntó:

—¿Ha decidido lo que va a hacer?

—Quizá regrese a los Estados Unidos.

—¿Por qué no descansa un tiempo como le recomendó el médico? Esos dolores de cabeza le pasarán.

—Le gusta dar buenos consejos, ¿eh?

—Usted está solo... En el fondo tenemos el mismo problema.

—Yo no tengo ningún problema.

—Sí lo tiene, Hal... No vive.

—¿Qué no vivo?

—Piensa siempre en el pasado.

—¡Usted qué sabe!

El hombre del fusil con mira telescópica observaba perfectamente a la pareja. A través del cristal especial parecía tener a ambos al alcance de la mano. Al menos estaban al alcance de las balas del arma que, además, iba provista de un silenciador.

—Es por el hombre que mató involuntariamente boxeando.

Él no contestó.

—Hal... Aquello fue un accidente.

—¿Por qué le importa tanto eso?

—No olvide que he tenido que leer muchos artículos. Sé bastante de usted.

—¡Bah! Sólo lo que dicen los periódicos.

—No todo será mentira. Por ejemplo que usted ayuda a la familia de...

—Bueno, está bien. El boxeador al que maté era un buen amigo mío. Tema esposa y un hijo. Yo no quería hacerle daño.

—¡Claro que no, Hal! —repuso ella con voz dulce.

En aquel instante algo se quebró cerca de ellos. El cristal. Se habían movido ambos ligeramente. Fue ella la que inició un movimiento de acercamiento hacia Hal que se había desplazado, por ese motivo la bala no alcanzó a ninguno de los dos, pero hizo añicos el vidrio de la ventana.

—¿Qué ha pas...? —empezó ella, pero Hal con sus prodigiosos reflejos se abalanzaba sobre ella para tirarla al suelo.

Otro par de chasquidos coincidieron con la rotura de un jarrón colocado en una mesa al fondo y un cuadro que quedó perforado.

—¡Quieta, al suelo! —exclamó Hal.

—Pero...

—Nos están disparando a distancia... No se mueva —a gatas buscó otro lugar desde donde observar. En la cocina había una ventana que daba al callejón que formaba ángulo con la calle principal. Estiró el cuerpo para ver mejor la dirección de donde más o menos podían proceder las balas.

—¿Tiene unos prismáticos? —inquirió, y al ver que ella comenzaba a levantarse la instó—: ¡No! ¡Quieta! Dígame dónde están.

—En un cajón del tocador... En el segundo, me parece.

Hal corrió hacia donde la muchacha le indicaba y tras un minuto de búsqueda regresó con los prismáticos.

Irene continuaba en el suelo, mientras Hal otra vez en el ventanal principal buscaba al agresor, pero sin asomar abiertamente para protegerse de un posible nuevo disparo.

—¡Ahí, va! —gritó por fin.

Los prismáticos eran potentes y aproximaban la imagen perfectamente.

—¡No está lejos! —añadió.

A través de los cristales graduados, Hal pudo ver cómo el hombre tras el fallo se apresuraba a desmontar el arma que inmediatamente colocó de nuevo en el pequeño maletín en el que la había transportado.

Hal se dirigió hacia la salida.

—¿Dónde va? —exclamó Irene poniéndose en pie.

—Está en la calle de más abajo, la que va paralela a esta. Hay una cúpula detrás.

—Es una biblioteca, pero... tenga cuidado.

—¡No abra a nadie mientras yo esté fuera! ¡Y no se preocupe!
Tengo que saber contra quién tenía orden de disparar ese tipo...
¿Contra usted... o contra mí?

CAPÍTULO XIII

Ni vida plácida ni convalecencia. El sino de Hal parecía el de correr siempre tras de alguien o huyendo de algo.

Cruzó la calle desesperadamente a fin de alcanzar el edificio elegido por el asesino que acababa de fallar su intento.

Apartando a la gente, abriéndose paso a empujones y sorteando los vehículos cuando efectuó un segundo cruce, llegó a la otra esquina.

Ahora, al nivel del suelo no podía saber desde qué tejado había disparado el hombre del fusil de la mira telescópica. Se orientó, sin embargo, por la altura de los edificios. El más alto era el que estaba en el centro de la manzana. ¡Tenía que ser aquel!

Mientras se dirigía corriendo hacia la entrada vio salir a un hombre de baja estatura que llevaba puesta una gabardina color crema y un maletín en la mano.

Le pareció que era aquel.

El hombre andaba deprisa, nerviosamente, y tratando de mezclarse entre la gente.

Hal aceleró el paso. Prefería alcanzarlo en un lugar más a propósito.

El perseguido dobló la primera esquina y siguió a buen paso. Hal no le perdía de vista. La misma gente que transitaba por la acera, abarrotándola, formaba una pantalla protectora.

El hombre de la gabardina crema miró atrás un par de veces, pero no consiguió ver a Hal.

Tras unos diez minutos de acelerada marcha, el tránsito, por las calles por las que ahora andaban, era menor. El hombre del maletín se volvió un par de veces y Hal no pudo evitar que le viera.

Comprendiendo que la situación había cambiado, el del maletín echó a correr sin ninguna clase de disimulo. Hal salió en pos de él.

Se aproximaban a otra esquina. La silueta de la famosa catedral quedaba al fondo.

El hombre del maletín cruzó la calle sin mirar y alguien lanzó un

grito:

—¡Cuidado!

Chirriaron los frenos de un coche y a continuación otras voces al mismo tiempo lanzaron un: ¡Aaah!

Hal, al borde de la acera, vio perfectamente cómo un coche lanzado a unos cuarenta kilómetros, había alcanzado al hombre del maletín lanzándolo a unos tres metros por delante, donde el sujeto cayó de cabeza.

Se aproximaron varias personas a auxiliarle. Hal, con el resto de los curiosos, quiso saber cómo estaba aquel hombre.

—No sé... Creo que no respira —dijo una voz.

Otra persona se acercó abriéndose paso.

—Soy médico... Apártense, le quitan el aire... Que alguien avise a una ambulancia.

Pero el mismo hombre tras examinar al herido rectificó:

—Es inútil. ¡Ha muerto!

El conductor del coche se justificaba.

—Todos lo han visto. Ha salido de improviso. No he podido hacer nada.

Había varios testigos que también afirmaban lo mismo, pero Hal se alejaba ya.

Al reunirse con Irene lanzó la misma pregunta:

—¿Contra quién? ¿Contra quién disparó, contra usted o contra mí?

Tras un silencio, Hal se cogió la cabeza entre las manos, víctima de otra crisis.

Se tomó un comprimido y ella recordó:

—Debe alejarse de todo esto, Hal. Créame.

—Y usted también, Irene. Usted también.

* * *

Hal y la muchacha fueron citados por el agente Coppeti aquella misma tarde. La entrevista tuvo efecto en el puesto de policía.

—Debieron informarme de lo ocurrido. Los dos —soltó Coppeti.

—¿Y usted cómo lo ha sabido? —preguntó Hal.

—Hay un agente apostado en la casa. Le conoce a usted, le vio salir y le siguió.

Luego todo ha sido cuestión de rutina... El hombre llevaba un rifle desmontable, de visor telescópico y largo alcance.

—¿Han averiguado quién era? —inquirió Hal.

—Un asesino a sueldo. Pero no sabemos de quién... —y cambiando de tono, el policía añadió—: Cremona, váyase, por favor. Proteger a una sola persona nos será más fácil.

—Si se refiere a Irene, también han estado a punto de matarla. Nada hubiera podido hacer su agente.

—Lo sé, lo sé... Ya tomaremos medidas.

—Tal vez no haga falta. La verdad es que quiero alejarme de todo esto, si Irene acepta venir conmigo...

La muchacha dudó. La proposición pareció sorprenderla.

—Bueno. Ya se decidirá, tiene de tiempo hasta mañana. Yo me largo, ya no hago nada en Italia y me fastidia que me hagan servir de blanco.

* * *

—Está bien —aceptó ella aquella misma noche—. Iré con usted. Pero Coppeti debería conocer nuestras señas.

—Las señas, Irene, de momento solo las conoceré yo.

—¡Hal! ¿No se fía de mí?

—Mire, Irene, yo no sé quien está detrás de todo esto, pero parece ser persona bien enterada de todos nuestros movimientos. Si no le digo dónde vamos, usted tampoco podrá decírselo a nadie.

—No tengo a nadie, Hal. Sólo conocidos, pero a ellos no pensaba decirles nada.

Nos vemos poco últimamente. Creo que ha podido darse cuenta de la vida que hago.

—Bueno. De todos modos ya lo sabrá... Acuéstese pronto, quiero salir temprano y esta maldita cabeza ya empieza a dolerme otra vez.

* * *

Fue otra noche inquieta para Hal, pero a la mañana siguiente, ya despejado, despertó a Irene.

—Es la primera vez que voy a emprender un viaje sin saber dónde —dijo la muchacha en el taxi que les conducía al aeropuerto.

—Se lo diré. Ahora tengo la seguridad de que no se lo contará a nadie.

—¿Y si no me gusta el sitio?

—Le agrada la soledad, ¿no?

—Sí.

—Es un tiempo magnífico para ir a la playa. En esta época encontraremos tranquilidad.

—¿Dónde?

—España.

—Estuve una vez allí. En la Costa Brava.

—Allí es donde vamos —Hal se volvió para asegurarse de que ningún coche les seguía.

CAPÍTULO XIV

Milán-Roma-Barcelona, total tres horas de vuelo, incluida la escala.

El resto del viaje hasta el lugar elegido por Hal lo hicieron en un automóvil alquilado.

Dejaron la autopista para adentrarse por uno de los desvíos hacia la costa.

Noviembre había desnudado los campos. Las carreteras apenas concurridas permitían conducir a buen ritmo. El panorama era gris, con un cielo encapotado y viento suave del norte.

Cruzaron Playa de Aro, multitudinaria en la temporada veraniega, con las tiendas y los bares al completo y una caravana de automóviles permanente. En cambio ahora, la mayoría de las tiendas estaban cerradas y solo funcionaban unos cuantos hoteles. En, las calles unos pocos turistas nórdicos, algunos ingleses, muy pocos.

Siguieron carretera adelante y Hal se desvió antes de llegar a Palamós.

A la derecha había un hotel entre pinos. En derredor, junto al mar, asentados sobre bravas rocas podían verse varios chalets dispersos, y otros entre los pinos, allá donde la franja de bosques era más ancha.

—Hemos llegado —dijo Hal, aparcando el auto junto a un vehículo de matrícula alemana.

En la larga franja destinada a *parking*, únicamente habían cuatro coches, bajo el techo de lona protectora.

El viento, cerca de la mar soplaba más fuerte.

Un botones salió por las maletas, mientras el portero franqueaba la puerta a la pareja.

«Cuatro estrellas, hotel climatizado, abierto todo el año» —leyó

Irene mientras cruzaba la puerta.

El recepcionista parecía esperarles. Hal sacó el pasaporte.

—Habitaciones. Dos —miró a la muchacha. Irene no hizo ningún comentario sobre el número de habitaciones.

El recepcionista consultó el pasaporte.

—¡Oh, sí! Usted es el señor Cremona. Tengo la reserva aquí...

—¿La reserva? —inquirió Hal, sorprendido, aunque procurando disimularlo.

—Sí, llamaron por teléfono... No concretaron el número de habitaciones.

—Yo no llamé. ¿Cuándo recibió la comunicación?

—No sé. Si le interesa lo preguntaré. No tomé el recado yo.

—Sí, me interesa. Compruébelo... ¡Ah! ¿Está muy lleno el hotel?

—En esta época, no, señor.

Sacando un fajo de liras italianas, Hal preguntó:

—¿Los clientes que tienen actualmente... llevan tiempo aquí?

—¿Cómo?

—Quiero decir si hay alguno recién llegado.

Al recepcionista debió extrañarle la pregunta. Hal le extendió un billete de diez mil liras.

—Tome, no he tenido tiempo de cambiarlo por pesetas.

—Puedo cambiárselo yo, señor Cremona.

—Esto es propina... Dígame. ¿Algún cliente nuevo?

—Ustedes... Los que hay, llevan ya una semana como mínimo. ¿Acaso espera a alguien?

—No, no espero a nadie. ¡Ah! Y no olvide averiguar quién y de dónde efectuaron la reserva.

Cremona firmó su ficha, lo mismo que Irene, y luego un botones les acompañó hasta el segundo piso. Habitaciones 224 y 226, contiguas y con una puerta que comunicaba a ambas.

Hal dio unos cuantos billetes de diez mil liras al chico, con una orden:

—Que me cambien esto. Luego me lo subes.

—Sí, señor —repuso el muchacho, vislumbrando una buena propina.

Hal abrió la puerta de la habitación contigua. Irene había abierto la terraza y miraba al mar, desde el acantilado sobre el que estaba asentado el hotel.

—Esto no tiene explicación —murmuró Hal—. Nadie podía saber que iría a ese hotel. Ni siquiera se lo he dicho a usted.

Ella se volvió lentamente y quedó mirándole.

—Ni aún siguiéndonos podían adivinar mis intenciones. A menos que...

—¿A menos qué? —preguntó ella.

—Yo no había estado nunca aquí. Es la primera vez que cruzo la frontera española. Alguien me habló de esto hace algún tiempo. Cuando boxeaba. Me habló del sitio y del hotel, por eso se me ocurrió venir... ¿Cómo demonios pueden haber sabido...?

Ella seguía silenciosa.

—¿Y tú?

—Cuando vine a España estuve en otra cala. Hicimos excursiones pero ya no recuerdo dónde. Por supuesto no conocía este hotel.

El botones regresó con el dinero cambiado y un recado de recepción.

—Señor... la reserva fue hecha anoche.

—¿Anoche?

—Sobre las once. Es lo que me ha dicho el jefe de recepción.

—Gracias —repuso Hal, dando cien pesetas al chico.

Cerró la puerta y se sentó en la cama, pensativo.

¿Qué explicación podía tener aquello? ¿Quién había sido capaz de conocer la ruta que pensaba realizar, y el nombre del hotel, si no lo había dicho a nadie, ni siquiera a Irene, y aun a ella cuando se lo comunicó aquella misma mañana, no le habló del sitio ni del alojamiento?

—No piense más en esto, Hal —murmuró Irene, apareciendo por la puerta que comunicaba con las dos habitaciones.

—¿Qué no piense? ¿Cómo quiere que no piense?

Pero por más vueltas que Hal le diera, seguía fallando la lógica.

CAPÍTULO XV

Pasearon por la desierta playa, una cala limitada por enormes moles rocosas, protegida de los vientos de montaña y con el solo ruido del mar embravecido.

No había nadie. Hal e Irene parecían los dos únicos habitantes del lugar.

Entre las rocas surgió un hombre con aspecto de pescador. La pareja apenas había reparado en él, hablaban. Hal seguía insistiendo acerca de lo extraño del asunto.

Entonces tuvo motivos para ver aumentado su desconcierto.

El pescador agitó una mano y saludó:

—Buenos días, señor Cremona... Y la compañía. —Lo dijo en perfecto castellano, idioma que Hal chapurreaba bastante bien.

Al oír su nombre clavó la mirada en aquel sujeto sonriente que seguía entre las rocas, a unos veinte metros de distancia.

Corrió hacia él.

—¿Quién es usted? ¿De qué me conoce?

—¡Por Dios, señor Cremona! ¿Ya no se acuerda de mí? Bueno... Aquel día había mucha gente...

—¿De qué día habla usted? —espetó Hal encaramándose a la roca para aproximarse más al hombre.

—Hace un par de meses... ¡Sí, hombre! ¡Qué diferente está la playa hoy de entonces! En setiembre esto está todavía lleno.

Hal agarró al hombre por el jersey y tiró con fuerza.

—¡Está mintiendo! Hace dos meses yo estaba en el hospital. ¡No pudo verme a mí!

—Oiga... Me va a estropear la ropa, por favor, déjeme... Si no quiere que se sepa, yo no... no diré nada...

—¿Qué no quiero que se sepa...? ¿Qué?

—¡Suélteme! ¡Se lo ruego!

—¡Hal! —gritó Irene desde la arena—. Déjele, por favor.

Hal estaba aturdido. Por primera vez en su vida fallaban sus reflejos, porque no había nada lógico en todo aquello.

Soltó al pescador, que se alejó saltando por entre las rocas.

—¡Espere! ¡No le haré nada! —gritó Hal volviendo tras suyo—. Quiero que me describa al hombre con el que usted habló hace dos meses.

El pescador se volvió.

—Ya le dije que era usted mismo... ¿Cómo quiere que se lo describa? —gritó el hombre sin retroceder—. Pero no se preocupe, no volveré a hablarle de ello.

¡Maldita sea! Uno saluda a la gente y ¡para qué!

Irene había dado alcance a Hal y le cogió del brazo.

—Regresemos.

—Ahora sería un buen momento para emborracharme.

—No lo haga, Hal. El alcohol no le conviene.

Hal se volvió furioso hacia la muchacha y la miró con los ojos casi fuera de sus cuencas.

—¿Y usted cómo sabe eso, Irene?

—Todo tiene una explicación, Hal... Estuvo dos noches en casa... Vi los papeles que le dieron en el hospital. Los dejó sobre la mesilla de noche y los leí. ¿Le importa?

—¡Ah! No, claro... —seguía aturdido y la cabeza volvía a dolerle.

* * *

—Recuerdo que hay un faro por aquí. He olvidado su nombre, pero se ve un panorama muy bonito —dijo ella cuando después del almuerzo le había propuesto dar un paseo.

Hal conducía el coche alquilado, más allá de la vecina Palamós.

En un indicador de carretera leyó los nombres de varias playas y también la indicación de «Faro de San Sebastián».

—Esto es —añadió ella.

Hal condujo hacia el lugar indicado, y tal como Irene le había dicho, allí el panorama tenía una belleza impresionante, a pesar del color gris, casi torturado, a consecuencia del tiempo.

—Recuerdo que visitamos el faro —dijo ella señalando la torre

cilíndrica.

La verja que daba acceso al patio previo al faro se abrió para dejar paso a un hombre que quedó mirando a la pareja, para sonreír enseguida diciendo:

—¡Oh, bien venidos! A usted le conozco, ¿no?

—¿A mí? —inquirió Hal.

—Sí... Se llama... déjeme recordar. ¡Oh, sí! Cremona. Eso es... Estuvimos charlando. Me dio una buena propina... Ahora no vienen tantos turistas ricos como antes, por eso me he acordado de usted.

Irene estaba atenta a todas las reacciones de Hal, que seguía mirando al viejo sin decir nada.

—Bueno, señores, les dejo. He venido a hacer un poco de trabajo, para que esto esté listo por la noche...

—¡Un momento!

El viejo se volvió.

—¿Está seguro que fue a mí a quién vio usted... hace dos meses?

Hal trataba de dominarse. El viejo contestó con la mayor naturalidad.

—Ya se lo he dicho. ¡Claro que era usted! A menos que tenga un hermano gemelo... Adiós, señores. Disfruten del panorama.

El viejo tomó un viejo coche, lo puso en marcha y se alejó carretera abajo.

Hal se volvió hacia Irene.

—Esto no es posible, Irene. Tengo que averiguar lo que ocurre...

* * *

De regreso, se detuvieron en un bar de la carretera. En realidad ni a bar llegaba.

Era una barraca.

—Un chiringuito típico —sonrió ella—. En Italia también hay algunos.

Estaba medio cerrado y un joven manipulaba unas cajas de refrescos.

—¿No quiere ir a otro sitio? —inquirió él.

—¡Qué más da!

Hal se aproximó a la barraca y preguntó:

—¿Sirven algo, amigo? Un refresco para la señorita. Yo no

quiero nada —repuso Hal.

El joven se le quedó mirando y exclamó:

—¿De veras no quiere naranja con *wodka*...? ¡Más *wodka* que naranja!

—¿Wodka con naranja? —inquirió, adivinando el final.

—¿No es eso lo que tomaba este verano?

—Wodka con naranja es mi bebida preferida, sí, señor, pero jamás la he tomado aquí.

—¡Oh! No se acordará ya. Pero yo sí me acuerdo... Me hizo gastar todas las naranjas que tenía.

—Y seguramente le di una buena propina y le dije cómo me llamaba —repuso cortante Hal, tratando de seguirle la corriente al dependiente.

—No. Eso no me lo dijo. Además yo tengo poca memoria para los nombres. Lo de la propina, supongo que sí...

—¡Vámonos, Irene! ¡Vámonos! —exclamó Hal, cogiendo a la muchacha por el brazo y obligándola a regresar al automóvil.

Decididamente no había ninguna explicación que justificara aquel estado de cosas.

CAPÍTULO XVI

Aquella noche Irene había insistido para que Hal la llevara al único local abierto por la noche. Era un club entre pinares donde apenas se reunieron media docena de parejas, la mayoría ya de edad madura que hacían tiempo para ir a acostarse mientras escuchaban música suave a través de los equipos amplificadores. Un *disc-jockey* cambiaba los discos con desgana. Un par de camareros soñolientos esperaban a que la gente se cansara de estar allí.

Irene consiguió que Hal bailara.

—Debes distraerte.

—Creía recordar día a día, el tiempo que pasé al hospital. Ahora ya no estoy tan seguro.

—No te moviste de allí, Hal... ¿Qué estás pensando? —repuso ella, que ya había empezado a tutearle.

—Algo se está tramando en contra mía... ¿Pero por quién? ¿Y con qué objeto?

—Hal... No pienses —insistió la muchacha.

Sí. Tenía razón, cada vez que forzaba la cabeza, algo le ocurría a su cerebro, le dolía y veía las cosas más confusas. Pensó que había sido un acierto hacer aquel viaje en compañía, y pensó que Irene era la compañera que necesitaba.

Decidió no pensar más. Bailó.

Al regresar, la tramontana había aumentado despejando el cielo. La luna ponía una nota romántica bajo los pinos. Hal la besó. Ella lo estaba esperando.

Aquella fue una noche distinta para los dos.

Por la mañana Hal se levantó temprano, ella dormía plácidamente, a pesar del fuerte ulular del viento, de las ráfagas que movían incesantemente las ramas de los pinos.

Las olas batían con fuerza contra los acantilados del sur, dando al paisaje una belleza salvaje.

Hal tomó el coche y condujo sin rumbo. Descansado volvía a tener el pensamiento en pleno rendimiento. Pensaba en los últimos

sucesos, en aquellas personas que decían conocerle.

Se tomó un café en Playa de Aro. Cuando iba a salir se tropezó con una muchacha joven de cimbreantes caderas y semblante risueño. Había salido de la tienda contigua.

—¡Oh, perdone, señor Cremona!

Hal viró en redondo. Se fijó en la muchacha. Debía tener unos veintidós años.

—¿Usted también?

—¿También, qué?

—¿Cuánto le di en setiembre para que recordara mi rostro?

—¿Setiembre?

—Sí, setiembre. Se supone que estuve recorriendo la costa.

—No sé. Yo le conozco del hotel. Usted llegó ayer. Soy la camarera de su piso.

Usted y la señorita son los únicos ocupantes. Los demás huéspedes están en el primero.

—¡Oh! Entonces... ¿No me vio antes de... ahora?

—No, no señor.

—Entonces discúlpeme.

—¡De nada, señor! ¿Se encuentra bien en el hotel?

—Sí, sí. Gracias.

—Yo voy allí. Ahora como no hay trabajo vengo a ver a mi madre todos los días.

Vive aquí al lado. Y mi hermano trabaja en este bar. Tenemos suerte de que no cierren ni el hotel ni el bar, porque los inviernos mucha gente se queda sin trabajo... ¡Oh, es tarde! Se me va a escapar el autobús.

—Yo la llevaré si quiere —repuso Hal, observando la muchacha. Se le antojaba la persona más normal de todas las que había hablado desde su llegada.

—Oh, no, señor... No debe molestarse. Usted es un cliente.

—Déjese de cumplidos. Cuando quiera irse la llevo. A mí no me estorba.

Poco después la muchacha, algo cohibida, ocupó el asiento contiguo al de Hal, de regreso al hotel. Pero poco a poco volvió a ser la muchacha movediza y desen-vuelta.

Se llamaba Olga, había nacido en las Islas Canarias, pero desde muy pequeña la familia se trasladó a Cataluña, y el destino final

había sido la Costa Brava.

—Quizá le estoy molestando contándole cosas que no le interesan, ¿verdad, señor Cremona?

—No, no. Yo quería preguntarte algo —repuso Hal, atinando repentinamente—. Ese recepcionista... ¿Lleva tiempo en el hotel?

—¿Carlos? Sí... Por lo menos dos años.

—Ya... Y los pescadores... ¿Conoces a los pescadores de por aquí?

—En el hotel tenemos algunos, trabajan para nosotros.

Hal le describió al que había visto el día anterior.

—Pues no... Ese no.

—Debe trabajar por su cuenta. Yo hablé con él en la cala.

—¿En la cala? No para nadie en la cala. La playa es privada. Los pescadores tienen un varadero cerca de las Rocas Planas. ¿Sabe dónde está?

—No.

—Bueno, yo le acompañaría, pero...

—No te preocupes. Yo hablaré con quien sea para que te dejen libre. Ahora como tú has dicho no hay mucho trabajo.

Llegados al hotel, Hal no tuvo ninguna dificultad para que le prestaran a Olga.

Ella le sirvió de guía y llegaron a otra pequeña cala entre rocas.

Todas las barcas se hallaban perfectamente varadas y aseguradas.

Un par de pescadores estaban examinando cebos y redes, cuerdas y otros instrumentos.

—Hola, Paco —saludó ella—. Bueno días, Pedro...

—Conoces a todos, ¿eh? —comentó Hal.

—¡Oh, sí! He vivido casi siempre por aquí. Teníamos una barraca en la playa de Palamós, vendíamos caramelos y chucherías, pero no se ganaba mucho. En el hotel hay más trabajo, pero al menos pagaban bien... Sí, como le decía, conozco a todos.

Hal insistió preguntando por el pescador que dijo haberle conocido. Ella describió al hombre a los otros dos pescadores y se encogieron de hombros.

—Como no sea el Felipe. Id a la taberna, ya sabes dónde, Olga...

Y Olga guio a Hal al lugar donde solían reunirse la mayoría de los pescadores, en Palamós, en una de las pocas tabernas antiguas

que quedan en su bahía súper-edificada y modernizada.

No había el menor rastro del hombre que había dicho conocer a Hal.

—¿Conoce a ese hombre? —preguntó Olga.

—Yo no, pero él dice conocerme a mí... ¿Quieres tomar algo?

—No, no, gracias... ¿Dónde más quiere que le lleve?

—Hay otro sitio... Un chiringuito en la carretera. Lo hemos pasado viniendo...

—¿Un chiringuito?

Mientras ella pensaba, cerca del coche, alguien la llamó.

—¡Eh, Olga!

Hal alzó la mirada para ver quién le llamaba. Era un joven, de su edad. Hal le reconoció enseguida. ¡Era el mismo del chiringuito!

—¡Eh! —gritó.

Olga ya estaba con él y le saludaba:

—Hola, Antonio. Estoy acompañando a un cliente del hotel.

El llamado Antonio sonreía a Hal.

—Otra vez nos encontramos, señor Cremona. No sabía que conociera a Olga...

—¿Viene, Olga? —inquirió Hal.

—Bueno... Si la necesita usted... —sonrió Antonio—. Porque si no, la acompañaría yo. ¿Somos novios, sabe?

Olga protestó.

—No digas mentiras, Antonio. Somos conocidos y nada más. Buenos amigos, pero de novios nada.

—Será porque tú no quieres, muñeca... Bueno, creí que me acompañarías a ver a mí hermana. La operaron de apendicitis anteayer. Sigue en el hospital.

—Ya iré en otro momento.

—Yo mismo la acompañaré, Olga —interpuso Hal—. Ahora preferiría continuar charlando.

—¿Me permite solo un momento, señor Cremona? —inquirió Antonio, dando a entender que quería hablar a solas con Olga.

Hal presintió algo, pero en aquellos momentos no podía expresarlo. Se apartó, pero sin dejar de observar a Antonio, que enseguida comenzó hablar quedamente con la muchacha.

De vuelta al hotel, Hal se detuvo en el chiringuito. Olga dijo:

—Sí. Antonio se cuida de él en verano.

—O sea que ahora está cerrado... Sin embargo, ayer...

—Ya me lo dijo. Había ido a limpiar y como siempre le queda algo para servir, no dice que no a nadie.

—¿Sólo le dijo eso Antonio?

—¿Eh?

—Olga... Él también dijo que me había visto en setiembre.

—Sí. Acaba de decírmelo.

—¿Y no le ha dicho también que usted siguiera la corriente? — el tono de Hal se había hecho más fuerte, más duro.

—No le comprendo, señor Cremona.

—¡Se ha organizado una farsa contra mí, y Antonio es uno de los que la representan!

—No sé de qué me habla, señor Cremona, de veras...

—Sí lo sabes. Estoy seguro. Todo iba bien antes de topamos con él...

Ella parecía haber perdido su sonrisa perenne, su natural espontaneidad.

—No sé lo que quiere decir, señor Cremona. De veras...

—Está bien, está bien, pero yo terminaré ese juego muy pronto. Os lo aseguro.

Al entrar en la explanada del hotel, Irene vio bajar a la muchacha del coche de Hal y mostró su sorpresa. Luego cuando Olga pasó cerca de ella la observó con cierto recelo. A Olga no le pasó inadvertida aquella mirada.

CAPÍTULO XVII

—¿Te has fiado de esa chica? —inquirió Irene, sentada en uno de los confortables butacones de la sala de estar del hotel.

—Ahora estoy seguro de que todo es un complot... El pescador al que nadie conoce, y ese del chiringuito... Antonio. ¡Habló con ella en mis narices!

—¿Y el conserje? —comentó Irene.

—Soborno. Alguien le ha sobornado, como a los otros. Raras son las cosas de esta vida que no se consigan— con un puñado de billetes.

Irene no contestó.

Durante el almuerzo apenas hablaron. Finalizaban ya, cuando el camarero anunció:

—Señor Cremona, le llaman por teléfono.

Hal esperaba oír la voz de otro que asegurara conocerle. Fue hacia una de las cabinas y aplicándose el auricular a la oreja preguntó quién le llamaba.

—Mi nombre no le aclararía gran cosa, señor Cremona, pero estoy seguro de que le interesará hablar conmigo. Le llamo desde Bagur. Nos encontraremos en las ruinas del castillo dentro de... una hora. ¿Podrá llegar? Ahora apenas hay tránsito.

¡Ah! ¡Venga solo!

No hubo más palabras.

Hal después de comunicar a Irene lo hablado en la llamada, salió para tomar el coche y dirigirse a la cita.

Pisó a fondo el acelerador, deseando no retrasarse a fin de terminar pronto con aquel misterio.

Bagur es la pequeña localidad, desde cuyo castillo, del que únicamente queda el solar, puede divisarse una hermosa panorámica cara al norte de la costa; luego las carreteras que arrancan desde la pequeña y típica población a cierta altura del nivel del mar, descienden hacia las calas privilegiadas.

Hal condujo por la calle ascendente hasta llegar al pie de las

ruinas.

No hacía tiempo para admirar el paisaje, pero algunos turistas, muy abrigados, sacaban fotografías o miraban a través de los prismáticos, a pesar del fuerte soplar de viento.

Uno de los turistas estaba solo. Hal se aproximó a él.

El hombre se volvió con aire distraído y murmuró:

—Haga ver que observa el paisaje, señor Cremona, póngase delante mío. No debe parecer que estamos jimios. Nunca se sabe dónde pueden estar los ojos que nos espían.

—¿Quién demonios es usted? —soltó Hal Cremona sin apenas mover los labios.

—Ya le he dicho que mi nombre es lo de menos.

Hal caminó hasta situarse algo más adelante y fingió recorrer con los ojos, la playa que tenía a sus plantas.

—Bueno, hable... ¿Cómo sabe que estoy aquí? ¿Para quién trabaja?

—Cálmese, Cremona, Cálmese. Todo llegará. Ponga atención.

Hal estaba frenético, pero supo dominarse y esperar a que el otro le explicara el motivo por el que le había hecho ir allí precisamente.

—El señor Salerno deseaba hablar con usted. No le extrañe que le haya seguido los pasos... Pero en Italia resultaba difícil y peligroso para todos.

—¿Me han seguido desde Milán?

—Naturalmente. No debería extrañarle.

Hal podía alegar que no había visto a nadie, pero deseaba ante todo llegar hasta el fondo de la cuestión y para ello era mejor no interrumpir.

El hombre prosiguió:

—El hospital donde usted estuvo también estaba vigilado, luego la casa de cierta señorita, en fin... Si quiere más detalles...

—Lo que quiero es saber por qué se me cita esta vez.

—El señor Salerno quiere alguna explicación. Yo le he citado para concretar una entrevista con él. Para hoy mismo. Esta noche.

—¿Dónde está?

—En Gerona. Pregunte por la Dehesa —y el individuo alzó el cuello de su pelliza como si quisiera protegerse del fuerte viento y se alejó.

Hal volvió a su coche.

Una hora más tarde explicaba a Irene lo ocurrido.

—Ten cuidado con esa cita, Hal —advirtió ella.

—¿Cuidado? ¿Por qué? Estuve a punto de morir cumpliendo su encargo.

—¿Sueno... Nunca se sabe.

Hal buscó entre sus cosas y tomó el revólver automático que la policía italiana le había devuelto junto con el resto de sus cosas. Lo escondió en el bolsillo trasero del pantalón.

Ella le observaba en silencio.

—¿No te irás a marchar ahora? Tienes tiempo —dijo al fin.

—Bueno, quiero llegar antes de que oscurezca para echar un vistazo.

Un telefonazo cortó la conversación. La voz del recepcionista sonó al otro lado del hilo.

—Señor Cremona, la señorita Rita Kelly pregunta por usted. ¿La hago subir?

—¿Cómo ha dicho? —preguntó Hal, que no aguardaba aquella nueva sorpresa.

—Rita Kelly. ¿No recuerda, señor Cremona? Estuvo con usted hace dos meses.

—¡Ah! Estuvo conmigo —murmuró Hal siguiendo la corriente—. Bien, bien...

¡Qué memoria la mía! Sí, dígame que suba. No la hagamos esperar.

—¿Quién es? —preguntó Irene, cuando Hal hubo colgado.

—Y yo qué sé... Ya me está cansando toda esa comedia.

—¿Quieres que me quede?

—No. Espera en tu habitación, y escucha todo lo que aquí se diga.

—¡Oye! Tengo un magnetófono japonés.

—¡Estupendo! ¿Crees que la voz llegará?

—El micro no tiene hilos, puedes ponerlo en cualquier parte. Ahí por ejemplo —y señaló la cortina de la terraza, que ahora estaba plegada.

Irene fue a por el micro, era una auténtica miniatura y con un alfiler atravesando un pequeño ganchito lo escondió entre los pliegues de la cortina.

—Lo llevo siempre conmigo. Mira —le mostró el aparato, que no era mayor que el tamaño de una cajetilla de cigarrillos.

—Veamos qué quiere esa señorita Rita —unos golpecitos en la puerta indicaron su llegada. Hal hizo una seña a Irene para que regresara a su habitación.

Echó un vistazo para comprobar que todo estaba en orden y fue a abrir la puerta.

Allí estaba la rubia. Era una mujer sofisticada que vestía ropas sofisticadas y hablaba con gestos y voz igualmente sofisticados.

—¡Hola, querido! —dijo, y con estudiado ademán se arrojó materialmente a sus brazos.

CAPÍTULO XVIII

Como una cotorra que hubiese aprendido de memoria su papel, decía y repetía las mismas palabras. Hablaba de aquellas dos semanas que pasaron juntos en el mismo hotel, que se bañaron juntos a la luz de la luna, de las noches de amor.

Sí. Hal Cremona comenzó a cansarse de escuchar aquella estúpida comedia.

—No, no es posible que lo hayas olvidado, amor... Te veo frío y entonces eras tan distinto... Tan, tan dinámico, tan apasionado.

—¡Se acabó! —espetó él, poniéndose en pie.

—¿Qué pasa?

—Digo que se acabó la función. Ahora vas a decirme quién te envía.

—No comprendo...

—Comprendes demasiado, «amor». ¡Vamos! ¡Suéltalo!

La tomó con fuerza y la obligó a levantarse del diván. Ella gritó suavemente.

—Me haces daño. Me gustan los hombres viriles, pero yo soy... una frágil mujer.

—Y te voy a romper en pequeños pedazos si no cantas pronto.

Y como ella hizo un gesto estúpido, Hal, al límite de su aguante, le sacudió tal bofetón que la muchacha cayó sentada, con los ojos casi saltándole de sus cuencas.

—¡Oh, Hal! Eres un bruto.

La obligó a levantarse de nuevo zarandeándola con violencia.

—Escucha, frágil mujer... Estoy dispuesto a cumplir mi promesa... A fracturarte esa linda carita... de estúpida buscona.

—¡Me has insultado!

Hal la golpeó en la otra mejilla, y esta vez la muchacha sin el apoyo del diván cayó al suelo.

—¡Oh! ¡Bárbaro! Serías capaz de matarme... ¡Adiós!

A rastras avanzó unos metros para luego ya en pie llegar hasta la puerta, pero Hal la alcanzó de nuevo.

—No, muñequita del demonio, no... No te irás de aquí hasta que me digas qué estás tramando.

—¡Yo solo he venido a verte...! Ya me pareció que eras un maniático.

—¿Un maniático?

—Sí... Hacías cosas raras... Pero antes no pegabas a la gente. ¡Déjame marchar o gritaré!

—Grita hasta que revientes, pero no te dejaré marchar —y a Hal se le hinchaban las venas de la sien. No estaba dispuesto a seguir siendo objeto de juego de nadie, y menos de una muchacha con aires de imbécil.

La sujetó con fuerza y ella chilló.

De pronto Hal sintió aquel terrible dolor de cabeza que durante unos instantes le aturdió.

—¡Cielos! —exclamó, soltando a la muchacha para colocar sus manos en las sienes que parecían a punto de estallar.

—Ella aprovechó la oportunidad para abrir la puerta y salir corriendo.

—¡Está loco! ¡Está loco! —gritó.

Un matrimonio inglés coincidió con ella junto a la escalera. Y Rita Kelly seguía gritando.

Irene entró en la habitación, cuando Hal más sereno guardaba el tubo de comprimidos.

—¿Lo has captado todo?

—Perfectamente, Hal, pero... —Irene parecía vacilar.

—¿Qué?

—Hal... ¿Y si esto no fuera una comedia?

—¿Qué quieres insinuar?

—Nada, Hal, pero es extraño que todas esas personas mientan. ¿No te parece?

—¡Irene, tú también!

—Hal, por Dios, no... no te excites.

—No me des consejos... ¿Cómo diablos quieres que conserve la calma... Tú misma insinúas la posibilidad de que yo... de que yo haya estado aquí en setiembre. ¡Estás loca! Yo estaba en el hospital

en Milán, tú misma ibas a verme con frecuencia.

Ella bajó la cabeza, como si no se atreviera a mirarle.

—¡Irene! ¿Acaso tú también... tú también estás implicada en esta conspiración?

—Cálmate, Hal. Quiero que sepas algo. Prometí no decírtelo nunca, pero creo que dadas las circunstancias, debes saberlo. Tienes derecho.

Hal entornó los ojos. No comprendía dónde iba a parar Irene.

—Habla, Irene... ¿Qué nueva patraña tendré que escuchar?

—No es una patraña, Hal... Y quiero que lo sepas, luego piensa lo que quieras.

—Está bien, di.

—Hal... —murmuró ella vacilante para al fin soltar lo que estaba dispuesta a aclarar—. Quizá tú no lo recuerdes porque entonces todavía estabas bajo los efectos del shock, pero cuando te quitaron las vendas de la cabeza tú... tú desapareciste del hospital.

—¿Qué?

Ella asintió reafirmandose en lo dicho:

—Sí, Hal, estuviste quince días fuera. Y nadie supo jamás dónde pasaste este tiempo.

Hal Cremona se sentó en el diván, sin aliento para replicar. No lo comprendía. No comprendía nada.

CAPÍTULO XIX

Con la misma voz serena y suave Irene continuó su relato.

—Naturalmente, avisaron a la policía. Cierto que había un agente de guardia, pero supiste hacer las cosas tan bien que conseguiste burlarle. Los periódicos no hablaron de ti porque la policía pensó que podías correr un serio peligro, especialmente después de lo que dijo el doctor Rigoli.

Hal alzó la mirada esperando que ella siguiera aclarándole cosas.

—Sí, Hal. No es que se te considerara cómplice de los asesinos de Lewis Salerno; se pensó en principio que ibas a ajustar cuentas por ti mismo, pero el doctor Rigoli aclaró las cosas.

—¿Qué cosas?

—Tu estado, Hal... No razonabas de una forma normal. Tus reflejos eran buenos, pero a veces no coordinabas, y pasabas largo tiempo aletargado, ausente, como si estuvieras lejos o no recordaras nada. Mezclabas las ideas.

—En una palabra; no estaba en mis cabales.

—No era eso, Hal... La bala que hirió tu cabeza casi te rozó el cerebro. Ya sabes que todos consideraron un milagro que siguieras con vida...

—No, Irene. ¡No, no y no! No puede ser... Yo recordaría las cosas. Esa es una estúpida mentira. Yo no he perdido la memoria...

—Tú recuerdas tu vida, excepto esos quince días, Hal...

—No puede ser... ¿Por qué no me lo dijeron?

—Para no alarmarte, Hal. Te conviene descanso y no pensar en nada. Lo demás ya lo irás recordando por ti mismo.

—No es posible, no lo es... ¿por qué hubiera tenido que venir aquí, precisamente?

—Hal... Yo misma he quebrantado una promesa al contarte la verdad. El doctor y hasta la policía me prohibieron que dijera nada. Pero viéndote en este estado no podía más. Ahora no te esfuerces. Créeme. Todo llegará por sus pasos contados.

Aturdido, Hal se mesaba los cabellos. No era la suya una actitud pasiva, sino al contrario. Era el hombre dinámico y de acción que de pronto se encuentra acorralado, sin una salida que trata de buscar desesperadamente.

—Mientes, Irene. No sé por qué, pero mientes. ¡Estoy seguro!

Sin perder la calma, Irene le miró con dulzura.

—Si no me crees, pregúntale al doctor Rigoli. Me reprochará que te lo haya dicho, pero confirmará mis palabras.

De repente Hal tuvo una idea.

—¿Cómo pude salir del país? Mi pasaporte y todo lo mío lo tenía la policía.

—No lo sé, Hal. No lo sé...

—Pues yo sí, Irene.

—¿Recuerdas algo?

—Sé que esto es una farsa... ¡Yo no pude salir!

—Hal... Déjame terminar.

—¿Es que aún hay más?

—Tu regreso... Te encontraron en el aeropuerto. Ibas, en efecto, indocumentado y estabas sin conocimiento. Una azafata dijo que te había visto bajar de un avión... procedente de España. El doctor Rigoli y el agente Coppeti lo arreglaron todo para ingresarte de nuevo en el hospital. Allí te trataron y al día siguiente ya no te acordabas de nada. Al menos nunca hablaste de esas dos semanas...

Permanecieron en largo silencio. Irene se había levantado y observaba a través del cristal de la puerta de la terraza.

De pronto murmuró:

—Esa muchacha... Rita, está abajo. Pasea por la playa... ¿Por qué no hablas con ella?

—¿Para seguir la farsa? —inquirió Hal sin moverse del diván.

—No, Hal, para que te ayude a recordar. Trátala bien. Pídele disculpas si es preciso.

—¡Estás loca!

—Hal, lo que no deseo es que te excites... Me gustaría ayudarte y me duele, me duele mucho verte en este estado, pero si quieres llegar hasta el final, haz lo que te digo, pero sin esfuerzos, razonando con toda serenidad. Tú eres un hombre sereno.

Lo has demostrado en los momentos de peligro.

—Déjame solo, Irene, por favor, déjame solo.

—Como quieras, Hal. Como quieras —y la muchacha se retiró.

A solas consigo mismo y sin encontrar un escape en aquel callejón en el que se sentía atrapado, se miró al espejo.

Su rostro, su aspecto era el mismo de siempre y estaba seguro de poder recordar incluso pequeños detalles de su infancia... ¿Por qué, por qué, entonces se le habían encerrado aquellos quince días en su mente? ¿Por qué no recordaba nada de aquello?

Fue hacia el ventanal y vio a Rita que seguía contemplando las olas, abrigada con su chaquetón de ante y piel.

¿Perdería algo hablando con ella?

Tenía pendiente la cita con Salerno, pero... aún era tiempo. Decidió bajar a la playa.

CAPÍTULO XX

Cuando Hal caminaba ya por la arena, observó que Rita estaba lejos, hacia las rocas del lado sur de la playa que comenzaba a trepar.

Se acercó despacito. No estaba aún muy decidido sobre la forma de enfocar la cuestión. Seguía pensando que todo aquello era una trampa. Algo meticulosamente preparado contra él. Pero... ¿Con qué objeto?

Antes de llegar a las rocas le pareció oír un grito.

—¡No, no! Suélteme... Suélteme...

Era la voz de una muchacha. De Rita tal vez, pero no podía verla. Las rocas formando un laberinto de altibajos se lo impedían.

—¡No! —volvió a gritar ella.

—¡Rita! —gritó a su vez.

—¡Socorro! —gritó la muchacha.

Sonó un disparo ahogado por el ruido de las olas al chocar contra la costa.

Hal la buscó desesperadamente y lo que vio primero fue un hombre huir hacia el mar. Le vio coger una lancha rápida y alejarse.

Siguió buscando, intuyendo que algo grave había pasado. Por fin encontró a Rita.

Estaba tendida entre unas rocas, con una gran mancha de sangre en el pecho. El chaquetón completamente abierto permitía ver la prueba del disparo que había recibido.

Hal saltó para comprobar el estado de la muchacha, cuando el pescador que el día anterior había hablado con él apareció corriendo hacia él.

—¡Eh! ¿Qué ha pasado? ¡Oh! La señorita Rita...

Hal se volvió hacia el recién llegado, y luego se fijó en la pistola que estaba junto al cuerpo de la muchacha. La tomó.

—La han... —miró hacia el punto donde había visto correr al otro—. ¿No ha visto a un hombre correr?

—No, señor Cremona. Sólo le he visto a usted.

—¿Qué ha pasado? —gritó otra voz.

Era Antonio, el del chiringuito de la carretera.

—¿Usted también por aquí...? —preguntó Hal.

—Yo iba a pescar. Siempre se consigue algo cuando la mar está así, pero... —se aproximó a la muchacha al verla—. ¡Es Rita Kelly! ¡Usted la conocía!

Hal volvió a aproximarse y le tomó el pulso.

—Creo que vive... Habrá que llamar a una ambulancia. ¡Vamos, hagan algo!

—Será mejor que no la toque —dijo el pescador—. Creo que ha perdido mucha sangre.

Irene llegó corriendo, por el sendero que había tras las rocas y con ella el recepcionista. La camarera Olga quedó más al fondo.

Hal se volvió hacia Irene.

—Han intentado asesinarla... ¡Dios mío! Le he visto huir...

—¿A quién, Hal? —preguntó ella.

—A un hombre. En una lancha... Oí cómo Rita pedía socorro, pero llegué demasiado tarde.

Se fijó en que todas las miradas estaban puestas en él.

—¿Qué pasa? ¿Es que dudan de lo que estoy diciendo?

Los ojos de los testigos observaban la pistola que Hal tenía en la mano.

—Estaba aquí en el suelo... Ese hombre ha visto cómo la recogía —exclamó fuera de sí, señalando al pescador.

—¡Por Dios, Hal no te excites! Todo se aclarará... —recomendó Irene intentando sacarlo de allí.

—Yo no he visto a ningún hombre —comentó Antonio, tras un silencio—. Sólo a él —y señaló a Hal Cremona.

* * *

Una ambulancia se había llevado a la muchacha. Los dos camilleros no permitieron que nadie les acompañara.

—La llevaremos al hospital de Palamós —dijo uno de ellos.

Dos guardias civiles estaban tomando datos, y ordenando a los curiosos que se alejaran.

—No se muevan del hotel —ordenó uno—. Tendrán que contestar a algunas preguntas.

Y en el hotel, Hal estaba diciendo:

—Me acusarán a mí, Irene. ¿Es que todavía no te das cuenta? El que disparó contra la chica quiso matar dos pájaros de un tiro. Librarse de ella y hacer que me acusaran a mí.

—Cuando ella pueda hablar, dirá la verdad —repuso Irene.

—Esto es una trampa. Lo presiento...

Tuvieron que esperar bastante. Luego con la guardia civil apareció un inspector de la Brigada de Investigación criminal, con malas noticias para Hal.

—La señorita ha muerto en la ambulancia... Ahora explíqueme lo ocurrido, señor Cremona. Es ese su nombre, ¿verdad?

Hal contó las cosas tal como habían ocurrido, utilizando un tono de desgana, como si todo aquello no fuera con él. Mientras hablaba intentaba reflexionar, buscar una explicación al problema que cada vez presentaba nuevas complicaciones.

El inspector, murmuró al fin:

—Todos coinciden en afirmar haberle visto a usted con el arma en las manos...

Suponemos que será el arma homicida. Lo sabremos con certeza cuando hayan si-do extraídas del cuerpo de la víctima las balas que tiene alojadas.

—¡Esos hombres mienten! ¡Quieren acusarme deliberadamente!

—Nadie le ha acusado todavía, señor Cremona —repuso el policía—. No obstante, le ruego no abandone el hotel. Vamos a necesitarle de nuevo. Si piensa trasladarse... debe comunicárnoslo. A propósito, ¿me deja ver su pasaporte?

Hal fue hacia el cajón y extrajo la cartera que contenía sus documentos.

Entregó el pasaporte al inspector, que tras examinarlo lo guardó en su bolsillo.

—¡Devuélvame! —exclamó Hal.

—Quiero hacer unas comprobaciones. Se lo devolveré... a su tiempo, señor Cremona.

Hal se sentía atrapado. Miró a Irene al quedarse a solas y murmuró:

—¿Y ahora qué?

CAPÍTULO XXI

Irene salió de la habitación después de asegurarse de que no rondaba nadie por el pasillo. Se volvió hacia Hal y susurró:

—Sal por la puerta de atrás y ve hacia el cruce. Yo te recogeré allí.

—¿Tienes las llaves del coche? —preguntó él.

—Sí. Ten cuidado.

—Y tú también, procura que no te vean.

—Dentro de cinco minutos me reuniré contigo —repuso Hal, y cerró la puerta.

Calculó el tiempo. Irene sacaría el coche después de decir al portero:

—El señor Cremona me presta su coche para ir a Palamós.

Luego fue hacia el vehículo y lo puso en marcha para salir del recinto del hotel y enfilarse hacia la carretera en dirección a la localidad mencionada.

Allí la carretera hacía una curva como si fuera hacia el mar. Había un cruce hacia el interior. Irene detuvo el automóvil, cuando Hal salía de la habitación y corría hacia la escalera de servicio.

La escasez de clientes le facilitaba los movimientos. El escaso personal de invierno del hotel, tampoco circulaba a aquellas horas en las que solían cenar en la cocina.

Pasó por delante de los servicios siguiendo el corredor que conducía a la salida.

Antes de alcanzar el exterior, alguien llamó su atención.

—¡Chist!

Se revolvió contrariado y vio que se trataba de Olga.

—Señor Cremona —susurró.

—¿Qué demonios quiere?

—Perdone, señor Cremona, y no levante la voz —siguió ella, siempre en voz baja.

—¿Me estaba espiando?

—Deseaba hablar con usted a solas. Sé que está en un apuro.

—Está bien, pues si quiere hacerme un favor no diga a nadie que me ha visto.

¿Está claro? —no tenía más remedio que confiar en ella—. Tengo que salir.

—¿Con la señorita Irene?

—Sí, ¿qué pasa?

—Es que... —ella vaciló.

—¡Vamos, hable! —insistió él.

—Tenga cuidado, señor Cremona... Yo no sé nada, pero vi cómo... cómo esa señorita estuvo hablando con el hombre. Pude oír lo que decían.

—¿Qué hombre?

—El que vino con los guardias civiles. Creo que no es un policía.

—¿Qué?

—Y a esos guardias tampoco les había visto por aquí. Generalmente siempre son los mismos.

—Siga, Olga —pidió Hal, vivamente interesado—. ¿Qué decían Irene y ese hombre que dijo ser inspector?

—Pues...

No pudo seguir porque alguien la estaba llamando.

—¡Olga! ¡Olga!

Era la voz del recepcionista.

—No conteste. Salgamos. Vayamos a otra parte...

—No puedo, no puedo...

—Escuche, Olga... Tratarán de predisponerla contra mí. Yo sé que traman algo...

Y usted puede contarme muchas cosas...

—¡Olga! —resonó de nuevo la voz de quien la llamaba.

—Ahora no, señor... En otra ocasión.

—¡No puede ser!

—Está aquí —repuso ella refiriéndose al encargado de la recepción—. Váyase.

Mejor que no nos vea hablando.

Hal no tenía opción. Tuvo que salir fuera dejándola a ella cuando presentía que estaba a punto de descubrir algo importante.

Desde fuera pudo escuchar la voz del recepcionista, que decía:

—¿Dónde diablos te habías metido?

—Bueno... Estaba en el lavabo...

—¿Desde cuándo el lavabo está afuera?

—Bueno, deja de gruñir... ¿Qué quieres?

Hal no pudo oír más porque las pisadas del recepcionista se acercaban fuera y él tuvo que esconderse entre los setos del jardín. Luego, el de la recepción tras echar un vistazo en la oscuridad, volvió a pasar al interior del corredor y se alejó con Olga.

Hal se preguntaba:

«¿Qué había podido oír Olga?»

Luego pensó en Irene... Si Irene estaba también en aquel extraño juego ya no le quedaba a nadie en quien confiar. Estaba solo. Completamente solo.

«Tengo que seguir adelante», se dijo a sí mismo.

Sí. No tenía otra opción y caminó hacia el cruce donde le esperaba Irene. Ahora sabía que ante ella también debía ponerse en guardia.

CAPÍTULO XXII

Cuando Hal se aproximaba al coche le pareció oír un rumor de voces. Avanzó con sigilo para intentar ver lo que ocurría desde los setos.

De pronto escuchó unos pasos precipitados, un chasquido sordo. Algo que para Hal no ofrecía la menor duda. El estallido de un disparo amortiguado por un silenciador.

Luego un cuerpo al caer al suelo.

Otro chasquido.

Abriéndose paso por entre los setos vio al hombre cuya figura quedaba iluminada por la luz de uno de los faroles de la carretera. Iba a disparar de nuevo.

Entre los setos se movía alguien. ¡Era Irene!

Hal sacó su revólver y gritó:

—¡Alto!

El que había disparado mostró su sorpresa. Durante una fracción de segundo su rostro quedó perfectamente iluminado.

Hal parpadeó un par de veces. Aquel rostro... Aquella figura.

¡Sí! Le había reconocido.

El hombre se esfumó por la montaña buscando la oscuridad.

Hal salió en su persecución.

Irene asomó entre la maleza.

—¡Hal! —llamó.

Él se volvió.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, Hal...

En aquellos momentos Hal solo pensaba en el tipo que había disparado. Aquel rostro que había visto.

Era el tipo de la ceja partida... Rubio, casi blanco, sin llegar a albino.

En la oscuridad del bosque intentó orientarse por las pisadas de su perseguido, pero no escuchó el menor ruido.

De pronto una moto se puso en marcha. De un camino vecinal surgió la máquina que por poco le arrolla. Hal saltó a un lado y el fugitivo escapó.

Lanzando una maldición, Hal volvió al coche. Irene estaba ya junto a él y lucía una mancha de sangre en el brazo.

—¿Qué ha sido...? —empezó, y luego examinó la herida.

—Nada, Hal, me encuentro bien. Es solo un rasguño.

—Tienes que curarte esto... Déjame ver.

—¡Ay! —ella lanzó un grito. Tenía la manga destrozada y la herida en la piel.

Ciertamente no era grave.

—Lo siento —dijo él, excusándose por haber presionado su herida.

—Trató de matarme.

—¿Le conoces, Irene?

—No. No le había visto nunca. Debía estar espiando.

—Vuelve al hotel y desinfecta eso. Yo intentaré alcanzar a ese hombre.

—¡Hal! ¿Quién es? —quiso saber ella.

—Uno de los tipos que asesinó a Lewis Salerno.

—¿Estás seguro?

—No hagas preguntas. Ve al hotel. Yo me encargaré de él.

—Piensa en la policía. Si te detienen...

Él la miró fijamente.

—Nunca pienso en la policía —repuso, y no dijo lo que estaba pensando—: «Luego tendré que hablar contigo».

Se colocó frente al volante, dio el encendido y pisó a fondo.

El fugitivo había tomado la dirección de Playa de Aro. Llevaba ya alguna ventaja.

Hal no cejó.

Hal pensaba que su perseguido podría llevarle hasta los demás. No es que le importara en absoluto localizar a los otros, lo que sí quería era que le dejaran en paz, librarse de aquellas extrañas amenazas en las que paradójicamente Irene parecía estar implicada como víctima y parte activa a la vez, porque si no, ¿qué podía significar su conversación con el hombre que dijo ser policía y que

según Olga, no lo era?

Seguía avanzando por la desierta carretera. El perseguido viró bruscamente a la derecha al llegar al cruce de Castillo de Aro. A lo lejos, gracias a que la carretera seguía en línea recta, Hal pudo advertir la maniobra y no perdió el contacto con el fugitivo.

Cruzaron Castillo de Aro a más de cien kilómetros por hora en dirección a la general.

Y entretanto...

* * *

Entretanto, Hal Cremona se hubiese sorprendido bastante de ver reunidos en el chiringuito de la carretera a Irene, Antonio y el «inspector» de policía.

El rudimentario establecimiento estaba cerrado, pero en el interior, a la débil luz de una bombilla de escasos watios, Antonio manipulaba un pequeño radio-control, donde una luz intermitente y una aguja indicaban el punto donde se encontraba el coche de Hal.

—Fue una buena idea colocar ese chisme en su coche —decía Antonio—. Ahora sabemos exactamente dónde se dirige.

El «inspector» hizo una muda pregunta que Antonio aclaró:

—Sigue hacia la autopista.

—Debemos hacer algo —arguyó Irene.

—Todavía no —repuso el «inspector».

Irene parecía angustiada. Antonio murmuró:

—No te pongas nerviosa. Ya has visto lo que ha estado a punto de sucederte.

—Yo no estoy nerviosa —replicó ella.

—Pudieron haberte matado.

—Teníamos que anticipar las cosas. Yo no podía pensar que los hombres de Sharto estuvieran tan cerca.

El «inspector» comentó:

—No me extrañaría que estuvieran toda la pandilla. Pero... ¿dónde?

—¡Atención! —exclamó Antonio—. El coche se ha detenido... Pero no se oye nada.

En efecto. El auto que conducía Hal se había detenido.

CAPÍTULO XXIII

Momentos antes de que Antonio advirtiera a través del radio-detector que el auto de Hal se había detenido, ocurrió un imprevisto en la persecución.

Tras una curva pronunciada, cerca ya del desvío hacia la autopista Barcelona-La Junquera, la moto del asesino había enfilado por un camino vecinal.

Momentáneamente, Hal había seguido hasta darse cuenta de la maniobra.

Posteriormente se detuvo. Miró hacia atrás por el retrovisor y advirtió el camino.

«Bien, amiguito —se dijo a sí mismo—. No soy tan tonto cómo piensas».

Arrinconó el coche en la cuneta y siguió a pie.

A partir de aquel momento, los que desde el chiringuito habían seguido su marcha, le perdieron por completo.

Hal a campo a través, protegido por los olivos plantados en la ancha faja de tierra, llegó al sendero que conducía hasta una vieja casa de campo con aspecto abandonado.

Todo estaba oscuro. La luna no había salido aún y apenas dejaba ver su resplandor, convirtiendo árboles y setos en sombras siniestras.

La silueta de la casa se aproximaba a medida que Hal avanzaba por el sendero.

Llegó a la explanada. Vio la moto de su perseguido en la parte lateral de la casa, al lado de un auto, junto a lo que debía ser el granero.

Al otro lado de aquellas viejas piedras que antaño debieron cobijar a alguna acaudalada familia de payeses, todo era silencio. Al fugitivo parecía habérselo tra-gado la tierra.

Hal avanzó hacia la puerta de entrada. Era una doble hoja de gruesa madera gastada por el paso de los años.

Empujó suavemente, pero no pudo impedir que la puerta

chirriara.

Instintivamente palpó el bulto de su revólver en el bolsillo trasero del pantalón. El contacto con el arma le tranquilizó.

Había pasado ya al interior, que olía a humedad. Se pegó a la puerta y esgrimió el revólver.

La oscuridad era absoluta. No podía ver nada en derredor. Intentó inútilmente habituar sus ojos a las tinieblas, luego avanzó, siempre pegado a la pared.

Su espalda chocó con algo que estaba colgado. Eran hierros que tintinearón.

Le pareció oír una tenue respiración, cerca de él. Algo disimulado que le dio la exacta sensación de no estar solo. ¡Le espiaban!

Algo se movió delante, un mueble, una silla o algo parecido.

Hal trató de templar sus nervios. No podía descubrirse a sí mismo, porque indudablemente era lo que querían los otros, que se movían en sus mismas condiciones.

Así, por espacio de algunos minutos interminables, Hal permaneció inmóvil, conteniendo la respiración.

De pronto la luz resplandeció. Hal vio ante sí al hombre al que había estado siguiendo. No llevaba ningún arma. Hal le encañonó.

—¡Quieto!

Pero enseguida vio lo inútil de su orden. Por detrás escuchó pasos, por su derecha aparecieron otros dos hombres. ¡Estaba rodeado!

Los que habían salido iban armados con metralletas.

Eran cinco, contando con el que había perseguido. Se fijó en otro de los que le acorralaban. Le reconoció como a uno de los asesinos de Lewis Salerno, y creyó recordar a otros dos, aunque más vagamente.

Habló el tipo del bigote, con voz pausada y grave, incisiva y penetrante.

—Si hubiésemos querido matarle, estaría enterrado hace tiempo, señor Cremona.

—¿No será que fallaron en Italia? —inquirió Hal.

Había hecho intención de guardar el revólver, pero el de la ceja partida se aproximó y le sujetó el brazo.

—Deme eso a mí —y le cogió el arma.

—Bueno... Hablemos claro. ¿Por qué dispararon contra Irene? ¿Qué quieren de mí? —exclamó Hal, intentando aparentar calma.

—Las preguntas las haremos nosotros, señor Cremona. Por cierto, ¿es usted el señor Cremona?

—Usted debe saberlo mejor que yo.

—Tengo mis dudas... Si estaba aquí en setiembre, no podía estar en un hospital de Milán.

—En eso coincidimos. Yo tampoco me lo explico —sonrió Hal, intentando llegar hasta el final.

¿Qué pretendían aquellos hombres? ¿Seguir la comedia, o acaso querían averiguar la misma verdad que Hal perseguía?

Y añadió:

—Sugiero una mutua colaboración. ¿Qué le parece?

—¿Para quién trabaja usted, señor... X?

—Puede seguir llamándome Cremona... Y le contestaré que no trabajo para nadie.

—Miente usted.

—Le aseguro que no. Me alquiló Salerno para que protegiera a su hijo, pero ustedes lo estropearon todo.

—Ya veo que no está predispuesto a hablar —siguió el del bigote y enseguida hizo una seña a los demás para indicarles—: ¡Bajadlo a la bodega!

—Oiga...

—Hablará usted, señor X. Nos dirá quién es y para quién trabaja...

Y Hal se vio rodeado de los otros cuatro, de los que intentó zafarse a golpes.

Tenía buen estilo pegando y mayor fuerza. Se desembarazó de los dos primeros utilizando un golpe de karate con el pie y soltando un buen directo al segundo.

Jugaba con la ventaja de que le querían vivo y así, aún pudo sacudir a los otros dos.

Paró un buen *smash* para replicar con un *jab* de izquierda. De nuevo se lanzó con los pies por delante para derribar a otro de sus enemigos.

El del bigote se impacientaba.

—¡Terminad de una vez!

Hal golpeó al que había estado siguiéndole, haciéndole sangrar

por la ceja.

Tras de él se acercaba otro de sus enemigos con un palo que había cogido de algún lugar.

Se revolvió y consiguió voltearle con habilidad, pero el del bigote surgió a su espalda y le golpeó con el cañón de la metralleta. Hal no pudo resistir el golpe y cayó de bruces, sin sentido.

CAPÍTULO XXIV

Despertó desagradablemente al contacto del agua fría que echaron sobre su rostro.

Estaba sujeto por las muñecas a unas anillas de la pared y casi al mismo tiempo comenzaron a golpearle a placer.

Las preguntas que pretendían que contestase eran siempre las mismas.

—¿Para quién trabaja?

—¿Quién es usted?

Las respuestas también eran siempre las mismas.

—Hal Cremona... No trabajo para nadie...

Pero aquellas contestaciones no eran válidas para sus amigos, y Hal entre golpe y golpe que procuraba aguantar, intentaba responderse a sí mismo por qué le estaba sucediendo todo aquello. ¿Qué clase de lío era aquel? ¿Qué esperaban que confesase?

Un golpe al hígado le cortó la respiración, luego otro en el plexo solar, y nuevamente al vientre, al abdomen. Y él seguía allí, bien atado, sin poder esquivar el castigo.

La lluvia de puñetazos prosiguió.

* * *

Había amanecido cuando despertó. Seguía atado. Sentía dolores por todo el cuerpo y, sobre todo, en las muñecas;

Miró su reloj de pulsera. Eran las ocho de la mañana, por un resquicio de la puerta situada en lo alto de las escaleras entraba luz.

Oyó cómo alguien dijo:

—Sharto querrá hablar con él. Podemos llevarle a Perpignan.

—Después de lo que ha dicho la radio es demasiado peligroso. Sería como llevar una bomba... Es un asesino y le están buscando.

—¿Qué piensas hacer Wegley?

El tal Wegley era el del bigote, el que parecía dar las órdenes. Desde abajo Hal lo reconoció por la voz.

—Desde luego no podemos tenerle aquí... Será mejor deshacernos de él.

—Ese tipo no sabe nada —decía la otra voz.

—¡Pues que muera ignorante! No podemos correr riesgos. Ahora ya nos ha visto y podría describirnos.

En aquel momento llegó otro y por la voz, Hal se dijo que venía bastante agitado.

—El periódico —oyó como decía. Luego se produjo un silencio.

Al cabo de unos instantes, Wegley dijo:

—Aquí viene la información. Hal Cremona, se le busca como supuesto culpable de la muerte de la súbdita americana Rita Kelly.

Tras un silencio, Wegley continuó:

—Preparadlo todo para la marcha. Nos lo llevaremos de aquí. Si es posible, inconsciente. Nos desharemos de él en cualquier lugar... Sí. Hay algunos ríos, cualquiera de ellos será su tumba. Cuando le descubran, estaremos lejos y Cremona o quien sea no podrá hablar.

Hal sabía lo que le esperaba y cuando escuchó ruido de pasos por la escalera fingió que seguía inconsciente.

Le cortaron las cuerdas que le unían a las argollas de la pared y le dejaron en el suelo.

Eran dos hombres que le creían inconsciente.

Hal miró en derredor entornando los ojos. Vio una especie de atizador de hierro oxidado, junto a maderas y restos de botas de vino.

—¿Lo despertamos? —dijo uno.

—No, mejor así. Lo llevaremos al coche —dijo el otro.

Era el momento en que Hal tenía que actuar. Seguía con los ojos cerrados.

Esperó a que fueran a sujetarle. Había procurado concentrar todas sus fuerzas, pero su debilidad le impedía rendir al máximo en una lucha contra dos, por lo tanto, sabía que tenía que terminar deprisa, sin concesiones.

Se enderezó de un salto, empujando al tipo que iba a sujetarle por las piernas, y al instante se lanzó contra el atizador.

Su acción fue tan rápida que no dio tiempo a que sus enemigos reaccionaran, y así con el atizador enarbolado, lo descargó contra la

cabeza del que pretendía echársele encima.

Al recibir el golpe el tipo cayó como un fardo. Luego se revolvió contra el otro, y con la misma improvisada arma le pegó de revés. El hombre cayó contra una bota con los ojos bizcos hasta que los cerró.

En un momento se había librado de dos posibles verdugos, pero arriba quedaban los otros tres.

Hal se precipitó hacia uno de sus dos enemigos puestos fuera de combate, en busca de un arma. La encontró en una funda sobaquera. Al tomarla, advirtió que la cartera que el tipo llevaba en la chaqueta había caído y la tomó para mirar su contenido.

Lo que más le había llamado la atención era una foto. ¡La suya!

Detrás estaba su nombre:

«Hal Cremona, 30 años, escapado del hospital de Milán. Se le supone en la Costa Brava, España».

Luego era verdad que estuvo en España.

No tenía tiempo de pensar.

Fue hacia el otro individuo para desarmarle. Encontró sujeto al cinturón un «Colt» calibre 38 automático. Registró sus ropas y no encontró nada. Cuando iba a soltar la cartera, vio en el suelo una agenda de bolsillo. La tomó. Había algunas direcciones y la guardó en el bolsillo.

Desde arriba, Wegley gritó:

—¿Lo subís de una vez, o qué?

Hal buscó otra salida, pero no la había. No le quedaba otra opción que enfrentarse con el resto. Subió la escalera rápidamente y aguardó tras la puerta.

Wegley se aproximaba.

CAPÍTULO XXV

Wegley empujó la puerta y dio un grito a los dos hombres de abajo. Hal salió de repente y le clavó el revólver en el vientre.

—¡De espaldas, rápido! Un movimiento y le atravieso.

Wegley, sorprendido, obedeció. Apenas se había vuelto, Hal, sin miramientos, le propinó un golpe en la nuca con el cañón del revólver y Wegley cayó rodando los escalones.

Los otros dos se acercaban.

—El portaequipajes ya está listo —decía uno. Era el de la ceja partida.

Hal fue a su encuentro, pero el otro le observó y gritó:

—¡Cuidado!

Sacó el revólver inmediatamente para hacer frente a Hal, pero este disparó primero, obligando al otro a parapetarse tras el coche.

El compañero del de la ceja partida intentó sacar el revólver, pero la lucha no continuó porque se aproximaba un coche a toda velocidad.

—¡Esto no me gusta, Swartz! —dijo el de la ceja partida.

—¡Sí, larguémonos!

Subieron al auto rápidamente, pero Hal impidió su huida perforando los neumáticos traseros de un par de disparos.

El auto negro que ascendía por el camino se detuvo cerrando el paso a los fugitivos. De él bajó el «inspector» que Hal ya conocía, Antonio y otro par de hombres que le resultaban totalmente desconocidos. Todos ellos iban armados y se apresuraron a acorralar a los que pretendían huir.

—Registradles. Deprisa —ordenó el «inspector», y dirigiéndose a Hal preguntó—: ¿Y los otros?

—En la bodega.

—Está bien, sígame. Y deme esto —señaló el revólver que Hal tenía en la mano.

Hal dudó.

—Vamos, no haga tonterías.

—Inspector... ¿qué juego es este?

—¿Juego?

—No he visto su credencial.

—No le hace falta.

—Usted no es policía.

—¡Vamos, deme su revólver!

Se acercaban los otros dos hombres mientras Antonio mantenía encañonados a los dos que pretendían huir, y les ordenaba:

—¡Vamos! ¡Dentro...!

Hal entregó el arma. Seguía interesado en llegar hasta el final. De nada le habría servido liarse a tiros.

Siguieron todos hacia la casa. Poco después, dos hombres se quedaron en el sótano vigilando al quinteto, el «inspector» y Antonio se hallaban en la entrada frente a Hal.

El «inspector» le había mostrado un periódico donde se interesaba la busca y captura de Hal Cremona como supuesto autor de un delito de asesinato.

—La guardia civil española no tardará en dar con usted, pero «nosotros» podemos evitarlo —dijo el «inspector».

—¿Ustedes? ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué es eso, amigo?

—Es mejor que lo sepa —le mostró una tarjeta y Hal arqueó los ojos.

—Servicios Especiales... Departamento de Defensa... *Intelligence Service* de Inglaterra...

El «inspector» recogió su credencial.

—Soy un agente especial al servicio del Gobierno inglés.

—Entonces... Irene.

—Irene colabora con nosotros.

—¿Es inglesa?

—Sí, pero habla correctamente y sin acento siete— idiomas.

—¿Y yo qué soy... un cobaya?

—Usted se metió solo en el lío al aceptar el trabajo que le proporcionó el señor Salerno.

—Inspector, agente... o como quiera que se llame... ¿Por qué no empieza desde el principio?

—Stanley Cross es mi nombre y voy a satisfacer su curiosidad.

Tras un silencio, el agente del servicio secreto inglés comenzó a hablar.

De uno de sus bolsillos sacó previamente una fotografía y la mostró a Hal.

—¿Reconoce a ese hombre?

—No le he visto en mi vida —repuso tras examinar el retrato.

—Es Lewis Salerno.

—Usted bromea. Puede que se le parezca un poco, pero ese no es el tipo a quién yo debía prote... —se interrumpió, sospechando la verdad—. ¿No pretenderá decirme que...?

—Sí, señor Cremona... El hombre al que usted debía guardarle las espaldas no era el verdadero Lewis Salerno.

—Presiento que voy a ir de sorpresa en sorpresa.

—Es probable, señor Cremona. Déjeme continuar.

—Lo estoy deseando.

Stanley Cross prosiguió:

—Entre los muchos negocios de H. C. Salerno figura el de los Laboratorios Alster de Londres, donde por primera vez vio la luz cierta fórmula de carburante que dejaría en pañales a los actuales sistemas. Los viajes interplanetarios, al decir de los técnicos, serían simples paseos.

—Esto parece ciencia ficción, señor Cross. Siga.

—El hijo del señor Salerno, Lewis, tiene sus ideas particulares respecto a nuestro mundo y respecto al dinero. Pretende hacerse rico por la vía rápida y emanciparse.

Lewis Salerno, por tener, tiene hasta malas compañías que le aconsejaron la conveniencia de conseguir esa fórmula a espaldas de su padre, naturalmente. Y Salerno puso manos a la obra.

—Interesante. Prosiga, por favor —murmuró Hal, mientras su interlocutor se humedecía los labios, para seguidamente continuar:

—Bien, la fórmula costó una vida. Oficialmente nadie supo quién había sido el asesino, pero sí lo sabían los que tenían que saberlo.

Hal murmuró:

—¿Quién andaba tras de eso, rasos, chinos... o eran marcianos esta vez? —prosiguió con desdén.

—Nada de eso. Se trata de un par de bandas rivales, sencillamente. Quieren la fórmula para venderla al mejor postor. Son gente organizada que tienen su propio código y su ley.

Tras un silencio, Cross continuó:

—Bien. Salerno se enteró de la verdad y procuró proteger a su hijo. A su modo...

—¿Intervengo yo?

—Aún no, señor Cremona, aún no. Salerno pensó que tenía una magnífica oportunidad para quedarse él con la fórmula...

—Pero si ya le pertenecía...

—Claro, pero no podía negociar con ella sin ser acusado de traidor. Con la fórmula en sus manos, llegada de matute, él quedaba al margen de todo. Podía lamentarse ante el mundo y a la vez obtener la suma elevada, por supuesto, que le ofrecieran por el secreto. Jugaba con dos barajas, pero quedándose a salvo.

Otra pausa y Cross siguió:

—Lewis no tuvo más remedio que aceptar, pero con ello traicionó a los que le habían metido en el asunto, y entre esa gente, solo hay un castigo para la traición: la muerte.

—Comprendo —adujo Hal—. Para proteger a su hijo, Salerno utilizó a otro hombre. Para darle más realidad buscó un guardaespaldas, al que le hizo viajar hasta la India.

—Exacto. Salerno cuidó la puesta en escena hasta el máximo, sabiendo que usted sería seguido y, por tanto, hallarían el escondrijo del falso Salerno y eliminarían a ese falso Lewis, dejándole irreconocible.

—¡Un momento! ¿Y los asesinos? ¿No conocían al auténtico Lewis?

—Salerno es hábil. Tiene amigos en todas partes. Wegley, por ejemplo. Trabaja para un tal Sharto, que es quien dirige la banda que trafica con secretos, y a la vez está a sueldo de Salerno. Salerno le encargó a Wegley que eliminara a su falso hijo y Wegley eligió a gente que no conociera al muchacho.

—No está mal, ¿pero y yo...?

—Bueno. Cuando la baza es fuerte, hay que jugar fuerte. Salerno contrató a su falso hijo y le mandó matar, y lo mismo pensaba hacer con usted. Y en realidad es lo que hizo. Usted ha estado muerto... hasta hace poco.

—¿Eeeh?

CAPÍTULO XXVI

La explicación continuó durante el viaje. El agente inglés conducía el automóvil, Hal estaba a su lado y Antonio ocupaba el asiento trasero.

—Necesitábamos saber las intenciones que Salerno abrigaba respecto a usted, y como la CIA también está metida en esto, por lo de la colaboración entre nuestros países, nos echó una mano por medio de un individuo que se parecía a usted bastante; unos retoques de maquillaje dieron resultado satisfactorio. De modo que lo utilizamos para hacerle servir de cebo. Tal como suponíamos, los buitres se lanzaron tras sus pasos...

—Entonces... Yo no estuve aquí en setiembre.

—Mal podía estar usted aquí, Cremona si estaba en el hospital... Pero algunas personas le recordaban, y otras, como Antonio y cierto pescador, han fingido recordarle.

—¿Y Rita Kelly?

—Luego hablaremos de Rita Kelly —cortó el inglés, que tras una pausa continuó—: El resultado del cebo que pusimos fue desastroso. El agente de la CIA que se inscribió con su nombre, señor Cremona, a pesar de las precauciones, no pudo evitar un fatal desenlace.

—¿Le mataron?

—Desgraciadamente.

—¿Por qué? Aun suponiendo que lo tomaran por mí... ¿Qué podían temer de mí?

—Usted era un peligro, señor Cremona, porque podía identificar a los asesinos. Y ellos, naturalmente, nos llevarían hacia Sharto o hacia Salerno, porque como le he dicho, Wegley trabaja para ambos. Así que lo mejor era quitarle de en medio.

—Ahora comprendo... —murmuró Hal— por qué me interrogaron. Mi aparición les hizo dudar. Seguramente me tomaron por agente.

—Sí, es posible.

—Pero, ¿y la señorita Irene? Ella también vio a esos hombres.

—Sí, pero ese es nuestro pequeño triunfo. Ella no figuraba en el programa, y Salerno ignoraba que Irene colaboraba con nosotros. Los asesinos, al cruzarse con ella en el camino no pensaron que pudiera estar relacionada con el Servicio de Inteligencia. La tomaron por una muchacha de la localidad. Luego sus visitas al hospital las realizó procurando que no la siguieran. Bueno, por otra parte, nosotros la protegíamos bien. En cuanto a usted, mientras estuviera en el hospital no corría riesgo.

—Pero salí... Y nadie me advirtió... ¿Juegan siempre así con las vidas ajenas, Cross? —protestó Hal—. Sabían que yo iba a correr el mismo riesgo que quien me suplantó.

—Tenemos su historial, señor Cremona, usted es un hombre arisco, muy individualista, y haría cualquier cosa menos colaborar con la policía. Lo único que hicimos fue mantenerle vigilado.

—¡Un momento, un momento! —interrumpió Hal—. Quedan algunas cosas que no entiendo muy bien. Por ejemplo... ¿cómo pudieron saber que me dirigía a ese hotel precisamente? Yo no lo había dicho a nadie.

—Sí lo había dicho —repuso Cross, lo que sorprendió a Hal, que enseguida replicó:

—No, Cross. Estoy seguro de no haberlo dicho antes.

—Tuvo bastantes pesadillas últimamente, ¿verdad? Hablaba usted en sueños...

Irene le oyó... Nombró ese hotel de la costa española; nosotros lo comprobamos y mandamos al agente de la CIA a ese lugar. Esto fue en setiembre. Ahora cuando habló de marcharse supusimos que elegiría el mismo hotel.

—Y se molestaron en hacer la reserva. Muy amables. Pero, ¿por qué toda esa comedia? ¿Por qué pretendían hacerme creer que yo me había evadido del hospital?

—Señor Cremona —repuso Cross, como si hablara con una lógica aplastante—, el primer paso para que los demás creyeran que usted era el mismo hombre que creían haber asesinado en setiembre, era que usted llegase a creer realmente que había estado aquí.

—¿Era necesario?

—Bueno, digamos que queríamos tenerle en nuestras manos. Era una buena oportunidad para poner nerviosos a esos granujas. ¡A

propósito! ¿Qué tal esos dolores de cabeza? Irene sufría mucho por usted... Sí, sí... Ella no hizo más que obedecer nuestras órdenes.

—Lo imagino. En cuanto a mí cabeza, parece que ha mejorado bastante, y si ustedes no se empeñan en estropeármela de nuevo...

—Aunque no lo crea, amigo mío, ha estado usted protegido siempre por mis hombres.

—Ya he visto cómo... Sobre todo, anoche —repuso Hal con sarcasmo.

—Si se refiere a lo de anoche, no estaba previsto. Irene cometió un error. Lo demás... fue inevitable, pero le seguíamos a distancia.

—¿Y han tardado una noche en encontrarme?

—No. Cuando encontramos su coche solo perdimos el tiempo necesario para seguir las huellas de los neumáticos, y las suyas. Nos llevó algún tiempo, pero dimos con la casa...

—¿Por qué no entraron?

—De cualquier forma era tarde, y nos interesaba poder seguir a esos hombres —luego añadió—: Sí... en efecto, permitimos que corriese el riesgo, a veces hay cosas que no se pueden evitar...

—¿Y todo eso... gratis? ¡Vaya! Pero sigamos con el asunto. Yo tenía una cita con Salerno.

—Sí, lo sabemos, e imaginamos también lo que Salerno quiere de usted.

—¿Lo mismo que ese Sharto?

—Exacto, señor Cremona.

—Así que... estoy entre dos fuegos.

—Entre tres. No olvide a la policía. Le buscan.

—Yo no maté a aquella chica.

—No, pero las pruebas le acusan.

—Acabemos, señor Cross... Usted dijo que estaba dispuesto a ayudarme.

—Sí, si colabora hasta el final.

—Comprendo el chantaje.

—Bueno, llámelo como quiera.

—¿Y si me niego?

—Haré un favor a la policía española entregándole a usted.

—¡Qué bien! Pero usted colabora con ellos, ¿no?

—Me han dado facilidades...

—¡Un momento! Usted también está cogido... Los guardias

civiles que fueron con usted son falsos. La policía no ha intervenido en ningún caso.

—Se equivoca. No eran falsos los guardias. Pertenecían a otra comandancia. Ya le he dicho que me han dado facilidades. Usted está bajo mi custodia. Mientras esté conmigo no le molestarán, pero si yo denuncio su desaparición... en el caso de que usted decida escapar, entonces tendrá que responder del crimen de esa señorita.

—Dijo que hablaríamos de ella.

—He dicho que más adelante. No es el momento todavía.

—También estaba en el juego, ¿eh?

—Sí, también estaba en el juego...

Cross detuvo el coche. Estaban en la Dehesa de Gerona, el frondoso parque de la capital de la provincia.

—¿Por qué me han traído aquí?

—Para desenmascarar a Salerno.

—¿Está aquí?

—En la provincia. Tiene un chalet en la montaña.

—¿Por qué no le atrapan ustedes? Tienen a Wegley en su poder. Háganle hablar.

—Lo máximo que conseguiríamos saber, ya lo sabemos, que Salerno ordenó la muerte del mismo hombre que contrató para sustituir a su hijo. Pero esto no nos llevaría hacia el microfilm dónde está la fórmula. Este es nuestro objetivo.

—Oiga, Cross, esa fórmula carece del valor que se le da. ¿Acaso no pueden seguir fabricándola ustedes, los ingleses?

—El hombre que mató a Lewis Salerno para apoderarse de esa fórmula era su inventor. No hay constancia en ninguna parte. ¿Lo ha entendido ahora? Los datos exactos solo están en ese microfilm.

—¿Y pretende que yo lo encuentre?

—No será tan difícil. ¿Está dispuesto?

—¿Me van a pagar por ello?

—Desde luego.

—¿Cuánto?

—Lo corriente. No somos ricos.

—Entonces, búsquense a otro.

—Y la inmunidad... para ese crimen, que desde luego no cometió, pero le sería difícil demostrarlo.

—Sigue el chantaje.

- No le obligo...
- ¿Cuánto dinero?
- Cincuenta mil.
- ¿Dólares?...
- Libras.
- Usted gana.

Cross procedió rápidamente. Primero le entregó una foto donde estaba anotado un número de teléfono.

—Cómo ve, se trata del hijo de Salerno. El auténtico. Lo tenemos cogido.

—¿Dónde?

—Eso no se lo puedo decir. La negociación será a base de que Salerno le entregue la fórmula a cambio de su hijo.

—¿Por qué no lo hacen ustedes?

—No aceptaría.

—Ni por su hijo.

—Es un asesino. Comprendería que no íbamos a soltarle. Pero si usted le dice que trabaja para Sharto la cosa cambiaría. Tendrá que ingeniárselas.

—¿Dónde está Lewis Salerno?

—No, amigo. No lo sabrá. Mejor así. Si le obligaran a hablar... ¿Lo comprende?

—Todo el riesgo debo correrlo yo.

—En bien del mundo libre, con cincuenta mil libras y libre de sospechas de un crimen.

Hal se puso en marcha.

Por el camino tuvo tiempo de recordar los detalles que Cross le había facilitado para desarrollar a la perfección su difícil y peligrosa comedia.

CAPÍTULO XXVII

El chalet estaba en la ladera de la montaña. Allí, en los mismos Pirineos gerundenses y en un lugar accesible solo por una carretera particular, bordeada del típico verdor. Las nieves todavía no habían llegado y solo servían como telón de fondo en las altas montañas.

La casa estaba aislada. Era un lugar de paz, pero Hal sabía que entre aquellas paredes no era paz lo que encontraría precisamente.

Le habían observado mientras subía.

Dos tipos que parecían ser servidores del jardín, pero que no podían disimular su aspecto de guardaespaldas, le observaron a distancia cuando detuvo el coche.

Hal descendió y enseguida vio avanzar hacia él a los dos hombres.

—¿A quién busca?

—A vuestro jefe, gorilas. Decidle que Papá Noel ha llegado.

Alguien apareció en la puerta y Hal le reconoció como a uno de los hombres a los que había visto rodear a Salerno en Agra.

Le introdujeron en la casa. Hal sentía ya bastante menos el efecto de los golpes y desde que emprendió el viaje trató de relajarse hasta el máximo. No tenía prisa y llegó allí antes de que oscureciera. Sí, se encontraba bastante mejor y presentía que necesitaría de fuerzas y reflejos para salir lo más airoosamente posible de su difícil cometido.

Salerno estaba allí, en un lujoso *living*, con él se encontraban hasta cuatro de sus hombres.

Fue directamente al grano, sin preámbulos.

—Me envía Sharto. Y fue Wegley quien me dijo dónde podía encontrarle...

Fuera todo seguía con ese silencio tan pronunciado que hasta puede «escucharse».

Los guardaespaldas del jardín se frotaban sus manos enguantadas. La temperatura de noviembre a más de mil metros de altura se dejaba sentir. El cielo, en el crepúsculo, amenazaba con las

primeras nevadas de otoño.

Hal Cremona había concluido la lección aprendida. Salerno le había estado escuchando sin pestañear. Luego habló.

—Mi hijo a cambio de un supuesto microfilm —y examinó la fotografía y el número de teléfono.

—Puede llamarle usted mismo, Salerno. Lewis está bien.

—¿Qué historia! ¿Quién le envía para que me la cuente?

—Salerno, la cosa va en serio. Si usted me hubiese dicho la verdad ahora quizá fuera todo distinto. Pero me engañó. Me deslumbró con su dinero y luego mandó asesinarme.

—Hum, muy listo. Mucho... Tanto que se pasa, Cremona... ¿Por qué no acudió ayer a la cita? ¿Estaba en Roma con Sharto?

—Sharto no está en Roma, sino en Perpignan —repuso rápidamente Hal, comprendiendo que Salerno trataba de tenderle una trampa.

—Perpignan... ¿Y mi hijo?

—Eso no se lo voy a decir, por la sencilla razón de que no lo sé.

—No lo sabe, ¿eh? Pues yo sí lo sé, Cremona. Ha caído usted en una trampa estúpida... ¡Lewis!

Alguien bajaba la escalera. Hal clavó sus ojos en el joven. ¡Era el de la fotografía!

¡Lewis Salerno! El verdadero. El hijo de H. C. Salerno que observaba atentamente la reacción de Hal.

¿Qué había ocurrido? ¿Qué nueva trampa le habían tendido? ¿Qué significaba la presencia de Lewis en la casa?

Antes de poder hallar las respuestas, surgió alguien más, de la planta baja. Hal se volvió hacia una puerta. Un hombre custodiando a Irene.

—Parece que estamos en familia, ¿eh? —sonrió Salerno.

Hal no contestó. Fue Irene la que se apresuró a decir:

—¡Hal! Nos han traicionado. ¡Antonio! Ha sido Antonio, trabaja para Salerno. Lo siento, Hal, lo siento... Me hubiera gustado poder decirte la verdad. Yo...

—Es un poco tarde ya, Irene —murmuró Hal, comprendiendo la situación.

—Todo habría salido bien, pero ahora... Por mí no me importa. Yo sabía lo que arriesgaba, pero tú...

—No te lamentes, querida. A lo mejor nos contratan. A Salerno

le gusta tener amigos en todas partes y a mí no me importa trabajar para quien sea. El dinero tiene el mismo color.

—¿Supone que le admitiré, Cremona? —intervino Salerno.

—¿Por qué no? Usted sabe que soy mejor que cualquiera de sus gorilas.

Póngame a prueba.

—¿De veras? —Salerno, engreído y seguro de sí mismo parecía un enorme gato disfrutando antes de acabar con el ratón. Y el ratón era Hal—. Bien...; puedo encargarle un primer trabajo. A prueba —se levantó, se dirigió hacia un cajón y colocado de espaldas a Hal buscó algo. Luego se volvió y le mostró un revólver—: ¡Tome, cójalo!

Hal lo tomó al vuelo.

—Está cargado... Dispare contra Irene. A ella no puedo utilizarla.

Hal no contestó.

Se fijó en los demás. Dos de los guardaespaldas tenían sendas pistolas en la mano.

—Cuidado. A ella. Si intenta algo contra mí o contra los chicos, perderá una buena ocasión. ¿Está dispuesto? Será la prueba definitiva de que usted me conviene.

Hal apuntó hacia el cuerpo de la chica. Ella le miraba fijamente.

Todo el mundo estaba en silencio.

—Hal... —empezó ella—. No serás capaz de... Tú...

Hal apretó el gatillo.

CAPÍTULO XXVIII

Hal apretó el gatillo hasta cuatro veces. Y en las cuatro ocasiones sonaron los correspondientes chasquidos, pero sin explosión alguna.

La pistola estaba descargada.

—¿Qué broma es esta, Salerno? —inquirió Hal, sin emoción, arrojando el arma sobre un sillón.

—¿Lo hubiera hecho, Hal? ¿O suponía que estaba descargada?

—Deme una cargada y se lo demostraré.

—Quiere que le dé un revólver, ¿eh? ¿Es eso lo que quiere?

—No juegue conmigo. Me ha puesto a prueba y ya ha visto los resultados. ¿Qué más quiere?

—Nada, Hal. Usted trabaja para el Servicio de Inteligencia inglés. Nunca conseguirán atraparme. Nunca.

—Si nos mata a ella y a mí, tendrán una prueba más, Salerno. Pueden acusarle de doble asesinato, de triple, contando con el tipo que contrató para suplantar a su hijo.

Se fijó en Lewis Salerno. Era joven como el otro, pero su aspecto no tenía nada de cínico. Parecía más bien asustadizo, atrapado también entre las redes de su padre.

Salerno dio por terminada la audiencia. Hizo un gesto a sus hombres y ordenó:

—Al barranco con ellos. No los van a encontrar nunca. ¡Alí! Y no olvidéis el coche. Llevadlo lejos y abandonadlo en la carretera. ¿Entendido?

—¡En marcha! —ordenó uno de los hombres.

Eran cuatro los que salían. Uno se metió dentro del auto de Hal, los otros tres en uno de los coches que había en el garaje del chalet.

Se sentó el conductor y a su lado, Irene. Detrás, Hal iba entre el otro par de gorilas.

Salieron del sendero particular para dirigirse por un camino vecinal subiendo la pendiente montañosa.

Hal sabía que iban camino de su entierro.

Estaban lejos ya y la pendiente seguía bordeando el precipicio. El camino desaparecía bajo el césped natural.

—¿Ya está bien aquí o más arriba? —preguntó el chófer.

—En lo alto. Así no habrá dudas —dijo otro.

Hal había calculado todos sus movimientos. Tenía que jugarse el todo por el todo y se lo jugó.

Se abalanzó hacia el volante, obligando al conductor a virar bruscamente cuesta abajo.

El movimiento del auto hizo tambalearse a los que iban detrás. Hal pisó el pie del chófer, obligándole a apretar hasta el fondo el acelerador.

El auto, en su brusca maniobra, iba cuesta abajo a gran velocidad, obligado por el continuo gas que recibía el motor.

Hal obligaba al chófer a marchar en zigzag para que los otros no pudieran recobrar la estabilidad.

La situación no podía prolongarse, aunque a Irene le pareció eterna. Mujer bien entrenada para casos de emergencia, no permaneció impasible y pasó a la acción impidiendo que los dos tipos pudieran sujetarla.

Hal lanzó el coche hacia el borde del precipicio.

—¡No! ¡No! —gritaba el conductor, intentando desviarlo.

Uno de los tipos de detrás había sacado el revólver, pero aprovechando otra sacudida, Irene intentó arrebatarárselo. Sonó un disparo y el balazo se incrustó en la cabeza del conductor, que al morir instantáneamente dejó el auto a merced de Hal, que se iba acercando al precipicio.

—¡Saltaremos todos! —dijo.

—¡Cuidado! —exclamó el otro.

Irene seguía forcejeando y al mismo tiempo intentó abrir la puerta.

El coche estaba a menos de cinco metros del precipicio.

—¡Está loco! —gritó el otro, más atento a su suerte que a ayudar a su compañero a sujetar a Irene.

Cuatro metros, tres...

El tipo trató de saltar.

Irene tomó impulso y se dejó caer fuera.

Dos metros, uno.

—¡Aaah! —gritó el que había intentado inmovilizar a la muchacha.

El auto saltó al precipicio mientras Hal, saliendo en el último instante, estuvo a punto de seguirle.

Irene corrió a su encuentro. Jadeantes, ambos, se abrazaron. Estaban a salvo.

* * *

Había oscurecido ya. Salerno estaba intranquilo. Tenía solo a dos hombres con él, que oteaban atentamente el sendero y los alrededores desafiando el frío.

Dentro estaba el que había llevado el auto de Hal, y su hijo.

Salerno apareció.

—Nada, patrón...

—¡Maldita sea...! Eso quiere decir que han escapado... ¡Preparad las cosas! ¡Nos marcharemos ahora mismo! ¡Chet! ¡El coche! Y tú, Lewis, ve con él. ¡Deprisa!

Apagó todas las luces. El chalet quedó envuelto en la sombra. Lewis, acompañado del guardaespaldas llamado Chet, caminó hacia el garaje. Salerno salió de la casa con un maletín de mano, escoltado por los otros dos.

Chet entró en el garaje y abrió la puerta del coche.

—Sube, Lewis.

Entonces, de la oscuridad, surgió alguien que atenazó a Lewis por detrás, oprimiéndole el cuello.

—¡Cremona! —exclamó el joven.

Chet se revolvió, pero recibió el tremendo golpe dado con una estaca que esgrimía Irene.

—¡Rápido! Sus armas... —pidió Hal.

Irene despojó a Chet de los dos revólveres que llevaba.

—¡Deprisa, al coche!

Y sin dar tiempo a que Lewis reaccionara, le golpeó en la nuca con un golpe de karate.

Salerno y los otros dos se aproximaban al garaje, cuando Hal metía a Lewis como un fardo en la parte posterior. Luego dio una de las armas a la muchacha y le recomendó:

—Detente donde ya sabes y no te dejes sorprender... Bueno. Tú ya sabes lo que tienes que hacer.

Ella dio el encendido y se lanzó hacia la puerta en el instante en que aparecían los otros.

—¡Eh! —gritó Salerno.

Hal disparó dos veces a los pies de los recién llegados.

—Tiren las armas o se quedarán aquí para siempre.

—¡Se lleva a mí hijo! —exclamó Salerno.

—¡Las armas! —y Hal disparó de nuevo.

Los otros obedecieron. Entonces Hal, dirigiéndose a Salerno, exigió tranquilamente:

—El microfilm por su hijo... Usted verá lo que más le conviene.

CAPÍTULO XXIX

Seguían en el garaje, a la débil luz de una bombilla. Hal dominaba la situación, pero la respuesta de Salerno era lo que Cross había vaticinado.

—Mi hijo y yo vamos a correr la misma suerte. No hay trato. Me enseñaron a no darme jamás por vencido. No conseguiré lo que quiere, Cremona. ¡Nunca!

—Pero lo tiene usted y lo encontrarán igualmente.

—Lo dudo...

—Escuche, Salerno. Vamos a hacer un trato. Yo no pertenezco al servicio inglés, hago esto por dinero. Le devolveré a su hijo. Deme el microfilm, es lo que a ellos les interesa.

—Se quedará sin cobrar. Es su sino, Cremona.

—¿Tan poco le interesa la vida de su hijo?

Salerno sonrió.

—¿Y qué puedo hacer?

—Le he hecho una propuesta.

—¿Y darle la prueba? Nos acosarían por todas partes. A menos que consiga nuestra inmunidad total. Hable con los que le han mandado. Consiga nuestra absoluta libertad, solo entonces le entregaré lo que pide.

—Lo intentaré. ¿Dónde puedo verle?

—Dentro de dos días, en Agrá. Tendrá que ir usted solo. Es decir, con mi hijo y los papeles que garanticen nuestra impunidad.

—¿Cree que voy a fiarme de usted? No soy tan incauto.

—Entonces... buenas tardes, señor Cremona. A mi hijo no pueden acusarle de nada. En cuanto a mí, soy demasiado valioso mientras tenga en mi poder lo que ellos quieren. Aquí, ya no tiene nada que hacer.

Hal vaciló. Luego encaró el revólver directo a la cabeza de

Salerno. Sonó un chasquido.

—Salerno, voy a perder cincuenta mil libras esterlinas y no me gusta. Ustedes me enseñaron su ley. No hay negocio. Bien, me lo cobraré a mí modo. Voy a matarle... A los tres.

Hal hablaba con demasiada seguridad para que los dos guardaespaldas de Salerno no sintieran el temor a la muerte próxima.

—¡Patrón! La vida vale más que todo... Dígale dónde guarda esa condenada película...

—No dispararé.

Hal apretó el gatillo, desviando ligeramente el arma. La bala casi rozó la sien de Salerno.

—La próxima, Salerno. Usted será el primero, luego seguirán sus hombres...

La situación era tensa. Hal varió de táctica y apuntó a uno de los guardaespaldas.

—Bueno...; empecemos por uno de esos...

—¡No! —gritó el hombre.

El chasquido desató la lengua del condenado.

—¡Lo lleva en el maletín...! Lo vi cómo lo colocaba...

—¡Imbécil! —gritó Salerno, abalanzándose contra el otro.

Hal disparó para evitar la confusión, que el otro aprovechó para huir.

—¡Quietos los dos! —gritó Hal.

Pero Salerno había perdido el control y huyó, llevando consigo el maletín.

Hal se deshizo del otro, golpeándole con el revólver y dejándole sin sentido.

Salerno corría pendiente abajo. Hal efectuó un par de disparos, apuntando a las piernas del fugitivo. Salerno, herido, cayó rodando por la pendiente.

Un helicóptero provisto de una potente luz, iluminaba la verde alfombra.

Otro helicóptero apareció, cortando la retirada al segundo fugitivo.

Lo que ocurrió luego era fácil de prever.

Cross y otros dos de sus hombres saltaron de un vehículo, del otro surgieron fuerzas de la guardia civil, en colaboración con la

captura.

La operación había terminado.

O quizá no, porque Hal pudo oír perfectamente cómo Cross decía a través de la radio de uno de los helicópteros:

—Que la señorita Kelly transmita el siguiente mensaje...

—¿Ha dicho señorita Kelly? ¿Rita Kelly? —inquirió Hal.

CAPÍTULO XXX

Irene completó la historia mientras el avión les devolvía a Londres.

—Rita también era una Colaboradora, y «ellos» lo sabían. Corría peligro e ideamos su falsa muerte, que a la vez la utilizamos para acorralarte a ti. Convertido en fugitivo, Cross pensó que serías más manejable.

—¿Qué más hay que yo no sepa?

—Nada, Hal. Nada más.

—Os habéis divertido a gusto.

—Te aseguro que yo no aprobé todo esto. Pero cuando se está metido de lleno no se puede volver atrás. ¿Comprendes? Es una lucha sorda contra los enemigos del bienestar, contra los mercaderes que solo buscan su provecho.

—Bueno...; ¿y mi dinero? Al fin y al cabo, yo me he jugado la piel sin sentir esa idea que os empuja a vosotros.

—No finjas conmigo, Hal... Tú también estás en contra de todo, pero quieres que todo el mundo piense que tienes un corazón duro.

—Me gano la vida como puedo. Ya lo sabes. No sabes mucho de mí...

—Sé, por ejemplo, que allá en el chalet de Salerno, cuando disparaste contra mí con el revólver vacío, ladeaste ligeramente el cañón. Ellos no se dieron cuenta, pero yo, sí... Sé que eres incapaz de venderte por dinero.

—¡Oh!

—No disimules, Hal. La vida te ha tratado mal. Tampoco yo he sido muy feliz. Mi padre era un científico, lo secuestraron cuando era casi una niña. Era aquella época en que ningún sabio estaba seguro... Entonces empecé a odiar a esa gente que siembra el malestar, odio el egoísmo, odio el orgullo de quienes quieren obtener la supremacía a cualquier precio, y acepté colaborar en la lucha.

Llegaron a Londres, Rita Kelly les esperaba. Saludó a Hal, que no

pudo por menos que decir:

—Es la primera vez que veo resucitar a un muerto.

—Irene ya te lo habrá contado todo, ¿verdad? Bueno, he venido a buscaros porque el jefe os necesita. A propósito, Hal, va a pedirte que trabajes para nosotros...

—Soy americano.

—Tenemos agentes en todas partes.

—No, no... Eso no es para mí.

Irene se despidió.

—Bueno, Hal. Decidas lo que decidas, llámame, si no me guardas demasiado rencor. Hasta la vista.

—¡Eh! ¿Y tu número de teléfono?

—No puedo darlo, soy una agente —sonrió ella.

—¡Maldita sea! Pero...

—Vamos, Hal —sonrió Rita—. Con los compañeros y colaboradores solemos hacer excepciones... Te acompaño a ver al jefe. Tienes que cobrar lo que te prometieron.

Los ojos de Hal estaban puestos en Irene, que se alejaba.

—¡Al diablo el dinero! Bueno... Di que luego iré por él. Ahora tengo que hacer.

Ella había tomado un taxi y Hal llamó a otro.

—¡Siga a ese coche! —ordenó al chófer.

Tras unos kilómetros, Irene hizo desviar al conductor por una carretera secundaria. Un paso a nivel cerrado detuvo su marcha. Así Hal pudo alcanzarla.

Pagó la carrera y se colocó junto a Irene.

—¡Oh! —sonrió ella—. Esto no está bien, Hal...

—Escucha, tienes razón, desvié el arma. Supuse que no estaba cargada, pero por si acaso no quería herirte... Pero eso no quiere decir que yo sea un sentimental.

Me gustas. Te ocupaste de mí... Yo pensé que cuando venías a verme en el hospital lo hacías porque te interesaba... Por eso sentía aprecio hacia ti, afecto...

—Y nadie me ordenó que lo hiciera, Hal. Nadie.

—¿De veras?

El paso del tren ahogó sus palabras. Seguían hablando. Luego cesaron.

Se estaban besando.

Un extraño pitido les separó. Era algo que había surgido del bolso de Irene.

—¿Qué es esto? —preguntó Hal, en guardia.

—¡Oh! La radio.

Sacó un pequeño receptor de corto alcance y a través de él, escuchó la voz de Rita Kelly:

—Estoy detrás vuestro... ¿Qué le digo al jefe? Está esperando a Hal...

Hal tomó el pequeño artefacto de manos de Irene y repuso:

—Pues que siga esperando. Irene y yo nos tomaremos unos días de vacaciones.

Corto y cierro.

FIN

SORTEO DEL MILLON

PISO Y COCHE O UN MILLON

Editorial Bruguera S. A., se complace en ofrecer a sus lectores de España la oportunidad de participar en un gran sorteo que puede convertirle a Ud. en propietario de un **MAGNIFICO PISO Y UN MODERNO COCHE** o si lo prefiere de **UN MILLON DE PESETAS**.

Lea atentamente las siguientes instrucciones y bases, envíenos debidamente cumplimentado el cupón que hallará en la última página y... ¡BUENA SUERTE!

INSTRUCCIONES Y BASES DEL SORTEO

Corresponderá el premio al participante cuyo cupón coincida con el número que obtenga el primer premio de la Lotería Nacional del día 25 de agosto para todos los cupones recibidos hasta el 12 de agosto y con el que coincida con el del día 15 de noviembre para todos los recibidos desde el 13 de agosto al 5 de noviembre.

Fechas de precinto de los cupones recibidos: 24 agosto y 14 noviembre.

Fecha de desprecintaje, de desempate si lo hubiere y entrega de los premios: 27 agosto y 16 noviembre.

Sólo podrán participar en este sorteo las personas residentes en cualquiera de las provincias españolas, quienes podrán mandar tantos números como cupones reúnan.

Los empleados de Editorial Bruguera S. A. no pueden participar en este sorteo.

En el espacio de tiempo comprendido entre la fecha de cierre de recepción y la de precinto se clasificarán todos los cupones por orden de números.

Los actos de precintar y desprecintar las cajas, el sorteo de desempate si lo hubiere y la distribución de premios serán públicos y efectuados ante notario en los locales de la Editorial, calle Camps y Fabrés, núm. 5 —BARCELONA—, pudiendo asistir a ellos todos los participantes que lo deseen sin necesidad de invitación.

Si ningún cupón coincidiese con el primer premio de la Lotería Nacional, en las fechas indicadas, los premios se adjudicarán al número más próximo, sea anterior o posterior. En ningún caso, pues, dejará de haber ganador.

De existir más de un acertante se efectuará sorteo de desempate entre ellos ante el mismo notario.

Si el premio correspondiese a una persona menor de edad, el importe del mismo será entregado a sus padres o tutores legales.

Todo cupón roto o enmendado, sin firmar o sin que consten todos los datos solicitados quedará fuera de concurso.

Para reclamar los premios será necesario presentar el resguardo retenido, SUJETO A LA NOVELA EN QUE HAYA SIDO PUBLICADO. Dicho resguardo deberá coincidir con el cupón enviado.

Los ganadores que elijan la opción del piso y el coche deberán tener presente que Editorial Bruguera, S. A. sólo se compromete a efectuar por este concepto un desembolso que comprendidos todos los gastos no supere el millón de pesetas.

La participación en el sorteo implica la aceptación de las presentes bases.

ESCRIBA AQUI EL NUMERO ELEGIDO

CONSERVE ESTE RESGUARDO
JUNTO CON LA NOVELA

PARA TOMAR PARTE EN EL SORTEO

DE PISO Y COCHE O UN MILLON

Escriba aqui su nombre y apellidos (en mayúsculas)

NOMBRE _____

1.º APELLIDO _____

2.º APELLIDO _____

Si acierta deberá presentar este resguardo acreditativo.

ENVIE AL NOTARIO Sr. D. TOMAS CAMINAL CASANOVAS apartado de correos 9475 BARCELONA el cupón para participar en el sorteo.

PUEDA ENVIAR EN UN SOLO SOBRE TODOS LOS CUPONES QUE REUNA. ENVIELOS ANTES DE LAS FECHAS DE CIERRE

(Ver Instrucciones y Bases)

CORTE POR AQUI



Su nombre y apellidos (en mayúsculas)

NOMBRE _____

1.º APELLIDO _____

2.º APELLIDO _____

Anote su dirección:

CALLE _____ N.º _____

POBLACION _____

PROVINCIA _____

NOVELA COMPRADA EN: _____

LIBRERIA O KIOSCO _____

CALLE _____ N.º _____

POBLACION _____

PROVINCIA _____

Si se trata de un kiosco anote la calle o plaza y el número frente al cual está situado.

Firma del participante en el sorteo.

CUPON PARA ENVIAR

Número que Usted elige

Si es menor de 5 cifras ponga ceros en las primeras casillas

CUPON VALIDO SOLO PARA ESPAÑA

SORTEO DEL MILLON

PISO Y COCHE O UN MILLON

SOLO PARA ESPAÑA

¡UN MAGNIFICO PI-
SO Y UN MODERNO
COCHE PUEDEN SER SUYOS!
O SI LO PREFIERE

¡¡ UN MILLON DE PESETAS!!

Basta con que resida en España y nos envíe el cupón que, junto con las instrucciones y bases para tomar parte en este sensacional sorteo, hallará en las últimas páginas de todas las novelas que Editorial Bruguera, S. A. publica en sus populares colecciones femeninas y de aventuras.

**BUSQUE EN LA CUBIERTA
ESTE DISTINTIVO:**

Adquiera su novela, disfrute de unas horas de grata lectura, envíe el cupón ... y



¡¡BUENA SUERTE, AMIGO!!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.